



**ELIETTE**  
**ABÉCASSIS**

**Clandestino**

Lectulandia

Un hombre y una mujer se encuentran en el vagón de un tren: él, clandestino, prófugo sin papeles y sin dinero, pretende pasar la frontera esa misma noche; ella, funcionaria, regresa de sus vacaciones para incorporarse a su vida estable. Sus miradas se cruzan. Él se siente atraído por ella. Ella, quizá también, todavía no lo sabe, siente miedo. La atracción y el misterio de ese encuentro inesperado que unirá sus destinos, hará que ella decida cambiar de vida y él pueda por un instante volver a creer en el futuro.

**Lectulandia**

Eliette Abécassis

# **Clandestino**

ePub r1.2

Titivillus 02.06.15

Título original: *Clandestin*  
Eliette Abécassis, 2003  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para A., por aquel día en el andén.*

# Capítulo 1

Él salió. Miró a ambos lados. No vio a nadie. No había revisor. Ni policía. Decidió esperarla sin saber exactamente lo que iba a decirle.

Algunos pasajeros bajaron. Le lanzaron miradas furtivas. En los ojos de ellos veía que era diferente. Bastante alto, de cabello castaño, ojos azules, intensos, pómulos salientes, mejillas hundidas. Tenía un aspecto particular. Una camisa blanca de cuello de pajarita, una americana y un pantalón negro cubrían su cuerpo musculoso; ropa elegante, pero inapropiada para un mes de agosto.

Ella bajó del tren. Rápida, pisando los peldaños con seguridad. No conseguía arrastrar la maleta, demasiado pesada. Nadie la ayudaba.

Él se dirigió hacia ella. Con suavidad, cogió la maleta y la puso en el suelo.

¿Por qué nos sentimos atraídos por una cara? ¿Por qué sus ojos se fijaron en aquella mujer en particular? No era especialmente bella. Tenía algo extraño, incluso molesto. Ella atraía su mirada. Algo que se dirigía precisamente a él en particular. Un signo venido de otro lugar, de una época lejana, inmemorial, suficientemente fuerte como para que fuera escuchado en medio del bullicio y, sin embargo, tan débil que no podía ser accesible a los otros oídos humanos.

Ella inclinó la cabeza para agradecersele. Tenía los ojos oscuros como un sueño.

Una ráfaga de viento de verano, ese viento cálido de la ciudad, le agitó el vestido. El aire se precipitó en el tejido tupido del lino, casi duro, almidonado.

Entonces él se dijo que tenía que seducirla antes de llegar al final del andén.

## Capítulo 2

La había visto subir al tren, pero ella no lo había notado. Le costó contener el deseo de contemplarla. Veía su mirada más que el color de sus ojos. Apreciaba sus maneras. Le eran familiares.

Estaba solo. Se había dejado llevar hasta el sur casi por casualidad. Volvía a la capital lo más rápidamente posible. Tenía aquella cita a medianoche, delante de la estación. No debía llegar tarde.

Miró por la ventana.

Algunos rayos violetas se dejaban ver todavía en el cielo. El tren avanzaba por los raíles, entre los cursos de agua, pasaba volando, seguía el camino trazado.

Estaba de viaje desde hacía tanto tiempo, al parecer desde siempre. Constantemente estaba a punto de partir. Apreciaba aquellos momentos de descanso en que la tierra parece tranquila vista desde el tren. El movimiento de la vida se dejaba acariciar. La vida que nos arrastra, muy a su pesar, a merced de los acontecimientos y que a veces sabe ser dulce, durante un trayecto, cuando nos dejamos acunar sin hacer nada.

Tenía que volver a verla. Acercarse de nuevo. No debía de estar lejos.

Sin mayor tardanza, se levantó y se dirigió hacia el siguiente vagón.

Cuando llegó al compartimento, ella estaba enfrente. Su cabello claro estaba recogido en un moño. Tenía los párpados inclinados, como si durmiera. Sus facciones eran suaves. Su vestido blanco, immaculado, destacaba entre la masa gris y negra de los trajes. Estaba sentada, con actitud estable. Su busto, ligeramente inclinado, dejaba ver el nacimiento de sus senos. Tuvo ganas de tocarla, de posar sus manos sobre ella, sobre sus hombros, sobre su cuerpo, de tener un contacto con ella.

Vio el asiento vacío al lado de la entrada del vagón.

Había más plazas en primera que en segunda, donde los viajeros se sujetaban, apretujados los unos contra los otros, cada uno en su pequeño espacio, mientras veían pasar el paisaje.

Allí, la mayoría de los pasajeros eran hombres que trabajaban con documentos. Algunos, con el móvil al oído, tenían largas discusiones a propósito de balances económicos, reuniones, crisis financieras, mercados y Bolsa. Hablaban alto. Se podía oír claramente lo que decían.

La miraba de soslayo. Tenía que observarla, aprender de ella el máximo posible, a través de sus gestos, expresiones, los rasgos de su cara. Estaba al acecho de una señal, de un defecto, de un indicio que le permitiera hablarle. En medio de esa algarabía, leía. Sus ojos recorrían el texto pero sin pasar a la página siguiente. No parecía ser una distracción para ella. No leía como los que penetran en la lectura de un relato.

Miraba el texto para impregnarse de él, para aprenderlo de memoria. Se forzaba en leer. Adivinaba en ella una expresión de aburrimiento, de gran melancolía.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos oscuros le devoraban la cara. Tenía algo peculiar. Un velo le impedía abismarse en ella. Era inalcanzable.

El tren se cruzó con otro. En un suspiro se hizo algo más oscuro. Se le reflejó la cara en la ventana. No bajó los ojos, y sus miradas se cruzaron rápidamente en el cristal de la ventana para después separarse.

Y continuó leyendo.

Él sonrió. Por fin ella lo había visto.

Frente a él, una madre y su hijo estaban sentados. Éste hablaba muy alto y era respondón. La madre debía de tener unos cuarenta años, media melena de color castaño bien peinada y una cara abotagada. Vestía con un estilo sobrio y elegante, de negro, cosa que permitía esconder sus formas.

Estaba agotada a causa de la energía de su hijo. El niño estaba también demasiado gordo, demasiado bien alimentado. Se distraía haciendo mucho ruido. Hacía indagaciones sobre los regalos que iba a recibir, sobre su paga semanal. Un niño que expresaba lo que los adultos saben ocultar gracias a la sociabilidad, la cortesía y un barniz de cultura: la búsqueda de los objetos y el dinero. Hacía todo lo que su madre le decía que no hiciera para llamar su atención, porque estaba solo. Se tiraba por el suelo para marcar su territorio, como si fuera un rey, un conquistador. ¿Qué iba a hacer cuando fuera mayor? ¿Qué haría de su vida?

Cuando apartó los ojos del niño, vio que ella lo estaba mirando.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Creyó que ella le sonreía. Pero era otra cosa lo que se dibujaba en su cara. Una tristeza de nunca acabar.



## Capítulo 3

No conseguía interesarse por la lectura de su libro. Releía una y otra vez la misma página. Su mente rebotaba en las palabras para perderse lejos, en sus pensamientos, sus recuerdos, sus preguntas. Se aburría.

Y volvió a mirar. A aquel desconocido sentado al fondo del compartimento. A aquel hombre de frente amplia, cara alargada, mirada azul oscuro, intensa, desconcertante. Era guapo.

No conseguía concentrarse. Tenía que memorizar el texto. Era aburrido. Había ejercitado mucho la memoria durante sus estudios. A veces se entretenía recordando los nombres de todos los actores de una película o de todas las películas que había visto durante el año. No era fácil. La memoria se pasa el tiempo olvidando, clasificando, rechazando lo que no juzga importante o lo que estima demasiado importante. Es la vida que transcurre y se rehace. A la vida no le gusta la memoria. Le molesta. La fija y la hace pasar por el filtro de su verdad despiadada. Impide actuar. Si nos acordáramos de todo, la vida no sería sorprendente. El asombro procede solamente del olvido. El mal también.

Ante ella pasaron a toda velocidad las corolas de girasol mirando hacia el astro rey. En el campo se notaba que era verano. También en la pequeña casa de los tres cipreses. Estaba de vacaciones. Sola, había caminado por los senderos y pasado por las fuentes, la bruma dorada de las viñas, los viejos caserones al final de los caminos, el canto de las cigarras, al mediodía, la luz cegadora, mediodía o medianoche, lejos de los ruidos de la ciudad. Estaba allí, en los surcos marrones que había entre los árboles, las flores, las amapolas, el espliego y las esencias de espliego. Desde la penumbra había visto cómo la hierba quemaba y el pastor se alejaba... Las tierras de peñasco y altitud, los pueblos invadidos de glicinia, a las cuatro, el silencio en las viñas y las colinas, el verde azulado de los grandes crepúsculos.

Todavía era verano, el cielo era transparente, la tierra ocre y la montaña estaba caliente, y desde la pared baja de piedra miraba cómo los colores del arco iris vibraban en el pueblo de piedra erosionada. Seguía avanzando por entre las tejas enlazadas, por la plaza del mercado de grandes cestos y en medio del polvo del camino, bajo la sombra flotante del sopor, por las grandes canteras del pueblo encaramado y bajo la claridad bienaventurada. Se sentía sola.

Él le miró la curva de los hombros, los brazos descubiertos, el cuello, la piel. La

cabeza distinguida, la boca, el arco de sus pestañas rizadas, el mentón, y otra vez el cuello, los hombros, los senos. De nuevo tuvo esas ganas de acercarse a ella, rozarla, tocarla. Cerró los ojos bruscamente a causa de las imágenes que aparecían en su memoria o de las visiones de futuro que invadían todo su ser, como un escalofrío, sumiéndolo en una tensión extrema. Abrió los ojos. No tenía derecho a equivocarse. Era demasiado arriesgado acercarse a una desconocida. Tenía que poner en ejecución una estrategia. Primero, evaluar las probabilidades de éxito. Escasas. No la conocía, no sabía nada de ella; pero la había, porque lo había mirado. Parecía posible. Después, conocerla antes de abordarla, observarla; saber, en función de las señales que daba, quién era, escuchar lo que se desprendía de ella. Sorprenderla. Ser elocuente, genial, inspirado. Inspirar: la fuerza, la confianza, la sensatez, la serenidad, la medida.

Ella se levantó. Avanzó en su dirección con un movimiento enérgico.

Al pasar, un olor captó con violencia sus sentidos. Rosa, mirra y sándalo. Sutilidad evanescente, brusca intimidación. Dudó antes de respirar de nuevo. Retuvo su aliento.

Pasó por delante de él rozándolo con la mirada. El vestido serpenteaba alrededor de sus piernas. Los hombres la observaban. Así pues, él no era el único que se había fijado en ella, cosa que no lo disgustaba. A su paso, la saludó inclinándose ligeramente la cabeza, pero ella siguió avanzando sin responder, seguida de cerca por su compañero de viaje, un hombre joven, guapo y bien vestido. ¿Quién era? ¿Un colega? ¿Un encuentro? ¿Un amigo? ¿Un compañero? ¿Su prometido? ¿Quizás su marido?

Rosa, mirra o sándalo, fragancias que exhalan de su piel como un soplo, lo transportan hacia un mundo, conocido y desconocido, arcaico y futuro, una superficie apacible y tranquila, un puente que enlaza con una isla, una noche sin borrasca, vía láctea, océano lunático que lo sumergen, lo toman por sorpresa.

Ella ya volvía. Estaba sola. Sujetaba un vaso de plástico. Había perdido la ocasión de acompañarla hasta el vagón-restaurante. Le dio rabia.

El tren giró ligeramente. Zarandeada, le tiró el café por encima. Murmuró: ¡Oh, lo siento!, se inclinó, le rozó sin querer, y él, quemado, sin saber qué decir.

Había alguien detrás de ella. Tuvo que avanzar, recuperar su asiento.

Y, de pronto, él comprendió. El recuerdo llenó su memoria recalcitrante, sin esfuerzo, al mismo tiempo que el efluvio de su perfume. Supo dónde la había visto.

Cuando se fijó en ella por primera vez, él se estaba bebiendo un café para calentarse. Le había sentado bien, lo había reconfortado cuando tenía frío, le había quitado la sed que tenía y había calmado el vacío doloroso de su vientre. Estaba cerca

de él en la iglesia y había aspirado su perfume, como un elemento incongruente en aquella asamblea, una renovación del alma y del corazón.

No sabía quién era, ni por qué había venido aquel día. No la había visto nunca antes. Su manera de vestir, su traje chaqueta riguroso, su aire frío, distante, mientras estaba atenta a las idas y venidas de los unos y los otros, hacían que uno se fijara en ella aunque la asistencia fuera numerosa. No, no había olvidado aquel breve momento en la iglesia, cuando reinaba el miedo.

## Capítulo 4

Pero ella, ¿lo había reconocido?

Se pasó la mano por la mejilla. Su barba de varios días raspaba. Por la mañana, durante el viaje, había tomado una ducha caliente. Estuvo a punto de pedirle prestada una maquinilla de afeitar al conductor del camión, pero no se atrevió. Ahora le sabía mal. Cuidaba su aspecto; ni en los momentos difíciles se abandonaba. Le preocupaba mucho la mirada de los otros. Desde que viajaba, estaba sin cesar confrontado a la imagen que veía de sí mismo en los ojos del prójimo.

Tenía éxito con las mujeres. Muy pronto supo que era seductor. Lo veía en sus miradas. Ellas lo apreciaban y él se lo devolvía con creces. Las amaba. Le gustaba seducirlas y que se le resistieran. Disfrutaba haciendo que rieran, respirando sus perfumes, mirándolas, haciendo que bailaran. Las escuchaba. Les hablaba de ellas. Ellas le hacían don de su amor incondicional. Utilizó este poder. Incluso abusó de él. Pero fue en otra vida.

Ella rebuscó en el bolso y sacó un pequeño estuche que abrió. Con un gesto rápido, se empolvó la cara mirándose en el espejo de su polvera. Se pasó un lápiz de ojos a lo largo del párpado. Luego un pintalabios que posó sobre su boca, ya roja.

Se miró en un espejito. Ahora parecía distinta. Había recompuesto una imagen. Había esculpido su propia estatua. Se había pintado la cara como el que pinta un dibujo. Se la había recubierto, pero él había visto su cara cuando estaba desnuda.

Se sentía desconcertado. Le agradaba y no le agradaba verla. Su mirada le había invadido la memoria, resumía sus fantasmas. Antes de medianoche, ella sería suya.

## Capítulo 5

—¿Cuándo vas a comprender que ahora todo retoza en nosotros? Después será demasiado tarde.

El tren se había detenido en una estación. El niño y la madre habían cogido sus cosas y se habían ido. Una pareja joven que hablaba animadamente ocupó sus asientos. Se sentaron justo delante, tapándole la visión que tenía de ella.

Ante él, las colinas se ondulaban. Los rayos de sol todavía picaban, iluminando los claros de manera discontinua. Las montañas se alejaban en la niebla. Las nubes desfilaban al ritmo del tren. Nos acercábamos a la ciudad vertiginosamente. Pronto llegarían las calles en línea recta, las arcadas, la gente apremiada de ojos vacíos y cara gris como el cemento, un edificio, las habitaciones iluminadas en los grandes inmuebles, las ventanas y postigos cerrados, las familias ovilladas, las avenidas iluminadas, interminables, el adoquinado mojado por la lluvia, los transeúntes anónimos y las bellas desconocidas.

Dio un salto cuando vio al revisor delante de él. El corazón empezó a latirle más deprisa. Había olvidado que estaba en aquel compartimento de primera desde hacía ya un rato. Tendría que haberse ido antes.

Se disculpó.

—No tiene derecho a estar aquí, señor. Ni tan siquiera por poco tiempo. ¿Tiene billete?

Echó una ojeada rápida hacia la joven. Vio con horror que ella estaba observando la escena, como su compañero de viaje, además de todo el compartimento.

—No...

El revisor abrió su portapliegos del que sacó con calma un atestado.

—¿Tiene dinero en metálico?

—No.

—Entonces un cheque.

—No tengo talonario de cheques.

Lo había dicho muy tranquilamente, con un perfecto dominio de sí, como si fuera natural. El revisor le lanzó una mirada enfurecida.

—¿Pero usted se cree que aquí puede viajar como quiera? —exclamó—. ¿Y además en primera? Los trenes no son gratuitos, señor. Por lo tanto, ya que no tiene billete, es merecedor de una multa que puede llegar incluso a pena de cárcel en caso

de no ser pagada. ¿Tiene carnet de identidad?

Lo miró sin responder. El otro repitió la pregunta un poco más alto.

—¿Tiene nombre, dirección, número de teléfono?

Lo miró un instante y añadió:

—¿No tiene nada que permita identificarlo? ¿Tarjeta de residencia, pasaporte, permiso de conducir internacional?

—Lo siento, señor. No tengo nada de eso.

Hubo un silencio interminable. El revisor lo miraba, medio sorprendido a causa de su tono plácido, medio satisfecho por haber adivinado tal posición de debilidad.

—En ese caso, el problema es mucho más grave. Mucho más grave —repitió—. Le informo de que estoy obligado a dar parte de su presencia a la policía en cuanto el tren llegue a su destino... Le pido que permanezca en su asiento y que no se mueva de aquí hasta la entrada en la estación, bajo pena de persecución policial.

El revisor permaneció ahí todavía un rato. Dudó como preguntándose si no iba a vigilarle él mismo. Después de haber anotado algunas palabras en el atestado, decidió continuar su camino. No se atrevía a mirarla. Sentía vergüenza.

## Capítulo 6

Ella lo miraba. Seguro. Lo observaba de soslayo.

Él bajó la cabeza mientras se mordía los labios. Pensaba que iban a cogerlo en cuanto saliera del vagón si el revisor ponía en ejecución su amenaza.

Tenía que darse prisa. Tenía que ser más rápido. Era difícil, pero había aprendido a serlo en todos aquellos países que había atravesado sin billete.

Extraño. La perspectiva de ser arrestado no había frenado su ardor por ella. Era más fuerte que el miedo a la policía, más fuerte que la vida que estaba en contra de él.

Le hablaría en cuanto bajaran del vagón. Encima de su asiento había una pequeña maleta negra. En el andén, se ofrecería a llevar su equipaje y la acompañaría. ¿Y si fuera arrestado por la policía justo enfrente de ella? Tenía que irse de allí, abandonar aquel lugar en que había sido estigmatizado. Era humillante quedarse delante de todos, y delante de ella, después de aquella escena. Se levantó, atravesó el compartimento en sentido contrario bajo la mirada curiosa de los pasajeros, pero pasó con calma ante ella.

A la ondulación de las planicies le sucedía la hilera de las arterias de la periferia, geométricas en el asfalto. Por fin llegaba el tren.

Ella estaba impaciente, feliz de volver, de encontrar de nuevo la agitación familiar, la actividad de la ciudad.

Se encontraba en el último vagón. Se sentó. No tendría mucho tiempo para esfumarse si la policía estaba allí. Se quitó el sombrero y lo observó por un instante. Ese sombrero de fieltro. ¿Cuántas veces lo había salvado su porte? ¿Diez, veinte, treinta? Era conocido como «el hombre del sombrero negro». Y luego, cuando se lo quitaba, nadie lo reconocía.

Lo dobló cuidadosamente y lo deslizó por el bolsillo de su pantalón. Después se desabrochó la americana negra y la puso en el portaequipajes. A fuerza de dejar la ropa en cualquier parte, acababa por no tener nada que ponerse. Ahora se había convertido en el hombre de la camisa blanca.

Estaba allí, con la frente pegada a la ventana y la mirada clavada en el paisaje como si lo fuera a ver por última vez.

Edificios oscuros. Calles y callejuelas anónimas. Vagabundos y gente de la noche, sobre cartones, bajo los puentes, adormecidos en los fluidos del alcohol. Sopas populares en la plaza, largas filas de desesperación. Atmósferas de las avenidas

lejanas. Caravanas de coches en la calzada, parachoques contra parachoques. Conductores nerviosos que gritan y gesticulan sin dejar pasar a los peatones indolentes. Los que no tienen trabajo, ni metro que coger, ni vituallas que comprar, ni nevera que llenar, ni cita. Los que yerran por siempre jamás ante las puertas de los restaurantes, mesas de abundancia, entrante, plato y postre. Los que salen de los hospitales algo más pronto, una cama para la calle. Los que, sentados en la misma acera, todavía saben mendigar, y los que, acostados durante demasiado tiempo, ya no saben. Los que tienen papeles y los que no los tienen. Y para todos éstos, la ciudad tentacular cerraba sus brazos para no volver a abrirlos jamás.

Él se decía que ésta iba a absorberlos. Así es. En la ciudad anónima ya no tendría ninguna otra posibilidad para encontrar a la chica del tren.



## Capítulo 7

Y allí estaban, parados al lado del tren, empujados por los pasajeros apresurados por salir, algunos con maletas pesadas, otros sin nada. Los altos y los bajos, los jóvenes y los ancianos, los solteros y las familias, todos bajaban, presurosos por llegar al final del andén para encontrar de nuevo su vida, sus vínculos, su trabajo, su soledad.

Eran numerosos, les costaba avanzar. Los que tenían más prisa se abrían paso a través de la masa compacta de los viajeros. Pero nadie se tocaba, nadie se rozaba, nadie echaba una ojeada a su alrededor. Todos los ojos estaban dirigidos hacia el final del andén, objetivo último del viaje y partida, quizás, hacia otro comienzo —o un eterno retorno de la vida pasada, la rutina, el hábito de sentirse en casa, siempre iniciado de nuevo.

Algunos lo miraban con curiosidad. Un hombre solo, sin equipaje, sin maleta. ¿Por qué alguien viajaba sin nada, si no era porque no tenía nada? En su cara está marcado el signo de lo extraño. Se sentía mal por ser diferente. Habría querido ser anónimo entre la muchedumbre. Le habría gustado llevar algo en la mano. Podría haberse parecido más. Se les parece. Y, no obstante, es distinto en su mirada. Lo será siempre.

Tomó aire porque quería decir algo provocador. Pero, de pronto, no pudo encontrar las palabras. Le habría gustado preguntarle quién era ella, por qué razón estaba allí, en la iglesia, y si había visto lo que había sucedido. Le habría gustado saber más.

Y luego, le habría propuesto ir a tomar una copa juntos... Pero no podía.

¡Si al menos estuviera en casa, en tiempos mejores! La habría invitado a ir a su hogar, en la colina. Tenía una gran escalera que llevaba a habitaciones secretas. Manuscritos guardados en cofres hablaban de otro tiempo, el de sus ancestros. Eran poemas que filosofaban sobre la vida y su fatal desenlace y que enunciaban una sabiduría antigua, nostálgica y fútil, triste y alegre, porque todo lo que rodea a la vida no son más que apariencias y falsos pretextos, las agitaciones, las voluntades y las veleidades humanas. Decían que nada tenía sentido y que sólo estábamos de paso en este mundo.

Le habría gustado proponerle que charlaran. Pero eso suponía correr un gran riesgo. Y, además, ¿por qué hablaría con un extranjero? En su lengua, esta palabra tenía dos significados y él lo sabía. Era pues, por partida doble, un extranjero para ella.

Entonces se acordó de su país. De cada vez que había tenido que luchar, y de los cristales rotos, las juventudes paradas, las vidas destrozadas, quemadas de odio. Tenía

que continuar comiendo, durmiendo, amando, incluso cuando fuera improbable. El día que llegaron a su casa a hacer pintadas de color rojo en las ventanas, comprendió que tenía que irse.

Diecisiete meses de viaje, cuatro meses de prisión, pasando por zonas militares, perdiéndose en el bosque, treinta horas en camión, carreras por la noche, perros y torres de control, cámaras térmicas que escrutan los bosques y acorralan a los hombres como si fueran animales.

Le pusieron esposas, le escribieron un número con rotulador en la mano, le tomaron las huellas digitales, lo fotografiaron para la identidad judicial, lo condujeron hasta una frontera. Otra. Pasó, y después volvió a pasar, hasta que llegó al campamento de acogida. Y allí, una vez más aquel miedo de salir a la calle, ser arrestado, vagar hasta muy tarde por la noche, hablar demasiado alto... Aquellas largas veladas en que tenía que esperar, sin perder la confianza; aguardar para poder partir de nuevo más lejos, más débil, pero hacia la libertad.

Ella se impacientaba. Hacía calor. Su maquillaje se le debía de estar estropeando. Tenía que volver a empolvarse la cara, pero allí, en el andén, bajo la mirada de aquel hombre, no era práctico. Y el viento que le encrespaba el moño. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Era seductor el hombre que le llevaba la maleta. Sorprenderse al ver que estaba pensando en ello la ponía nerviosa. Le molestaba que se le acercaran desconocidos. Tenía que recuperar su equipaje, no debía haber aceptado su ayuda.

Había habido aquellas miradas en el tren. Podría haber evitado lanzarlas. Él se había dado cuenta y ahora se sentía avergonzada. ¿Y si se trataba de un loco? ¿Y si la seguía desde el principio?

Un loco, sí... quizás. En el tren tenía un aspecto extraño, con el sombrero, la americana negra en pleno verano, y ahora sin nada de todo eso. ¿Dónde había dejado la americana? No llevaba ninguna bolsa, ningún equipaje. Sólo llevaba su maleta. No llevaba nada...

Un vértigo se apoderó de todo su ser. Aterrorizada, hacía esfuerzos para no dejarse llevar por el pánico que la dominaba.

Él miraba a ambos lados. Si la policía estaba allí, todo terminaría entre ellos. La gente a su alrededor caminaba con celeridad, tenía prisa por llegar. Habría querido que todos se detuvieran, como una gran tregua, o como un suspiro. Sí, habría deseado una pausa. Pero el tiempo continuaba su marcha ineluctable como si estuviera compitiendo en una carrera, justamente cuando lo que él deseaba era que se dilatara.

Tenía el hábito de la lucha contra el tiempo: cuando queremos que gane, pierde. Cuando le pedimos que sea lento, se da prisa.

## Capítulo 8

Ella aceleró el paso. Se le deshizo un poco el moño, algunos mechones de pelo le caían sobre las mejillas, se le ondulaba el vestido, que hacía círculos alrededor de sus finas piernas, curvas de frío o de fuego. Aquel blanco opaco, aquel tejido áspero, forrado. En su familia el color blanco era tabú. Nadie se lo ponía nunca, no sabía por qué.

La angustia empezaba a dominarla. Había gente en el andén. Podría defenderse, recurrir a los demás. ¿Qué quería? Quizás era un paranoico. ¿No se había dado cuenta de que no le había tirado el café a propósito? Quizás creía que quería atacarlo, provocarlo. Tenía que tranquilizarlo, hacerle comprender que sus intenciones para con él eran neutras, indiferentes, o, mejor, pacíficas. Sí, eso es, pacíficas era la palabra adecuada.

Se decía que iba a hablar con ella, hacer alusión a aquel café que le había tirado por encima en el tren, un recuerdo común que llevaría a otro, y así ella comprendería que todo aquello no era una coincidencia, no era fruto del azar, sino que significaba que tenían que encontrarse de nuevo, aquel día, en el andén de aquella estación.

Quizás pensaba que quería acercarse a él, que le había tirado el café adrede para establecer un contacto. Era él quien la tomaba por loca, una erotómana... Una mujer que se acerca a los hombres tirándoles café por encima. Qué horror. Qué desprecio más terrible. Se avergonzaba de haber mostrado interés sin darse cuenta siquiera. Aquellas miradas, y después aquel contacto, podrían haberse interpretado como otros gestos que le había dirigido.

Sentía que la estaba poniendo nerviosa y que, con toda su torpeza, la forzaba, la estaba perdiendo. Comprendía que no tenía mucho tiempo para concederle.

No sabía si empezar a hablarle del libro que ella estaba leyendo. Él prefería la música. Por la noche, en su país, cuando se reunían, instante mágico en que unos cantaban y otros bailaban, por espacio de un momento lo olvidaba todo. Se escapaba por aquel universo que permite ver y crear la realidad, darle una forma sensible. El vino, la música y la noche le hicieron presentir, desde la infancia, el poder y la fuerza del amor. Pues no hay nada como la música para abrir las puertas secretas de un corazón, los tormentos de un alma, las aspiraciones y decepciones, las expectativas de la vida. No hay nada como la voz humana para producir ese efecto aterrador, inmemorial, más fuerte que las palabras y los gestos, que las palabras y los aires de

grandeza... Él era sensible a la voz de las mujeres.

La suya era particular, ligeramente ronca, dura. Se distinguía del resto de su persona, tan educada, refinada.

Se dio cuenta de que él miraba el libro que sobresalía de su bolso. Era un gran ladrillo blanco en el que se veía escrito en letras violetas: *Derecho administrativo*.

Hizo que sobresaliera un poco más. Era la parada absoluta, la herramienta antiseducción, el arma fatal. Incluso anulador. Excepto si era profesor de derecho, en ese caso podría estar hablando del tema durante horas. Pero no tenía pinta de ser un profesor.

Él se mordió la lengua. Sabía lo que era. Su hermano enseñaba derecho en su país. Tenía una biblioteca llena de libros con títulos similares. Ahora sentía no haberse interesado nunca en dicha disciplina y haber rechazado tantas veces sus tentativas de explicación.

Así, a pequeños pasos, iban avanzando hasta una rampa que bajaba a los andenes de llegada, por las oscuridades subterráneas.

Dependía de ella bajar o continuar en el andén. Pensó en el revisor.

Su mirada se hizo más dulce. Entonces él se le acercó, pero ella dio un paso hacia un lado. Él, prudente, se alejó. Ella avanzó. Él también. Se esbozaba un curioso ballet, un paso de dos formado de dos pasos de uno.

De pronto se detuvo. Abrió el bolso y sacó la polvera. Se retocó de nuevo la cara con toques ligeros mirándose en el espejo. Estaba allí, al lado de ella, incómodo y fascinado. Era encantadora. Tenía los ojos irisados de color y de vida, sutiles, móviles, y una mirada cálida. Era fina. Su cuerpo expresaba a la vez la gracia y la fuerza, la medida, la disciplina de una bailarina. No tenía la sensualidad de las mujeres que había conocido. Había algo seco y duro en su físico. Pero se movía como un gatito, de manera discreta y grácil. Emanaba de ella algo positivo y alegre, fundamentalmente enérgico. Había una gran fuerza que se desprendía de lo más profundo de su mirada, de los movimientos de su cuerpo. Le miró las piernas, los brazos, los labios. Era deliciosa. Tenía ganas de besarla.

Se guardó el maquillaje mientras lo miraba de soslayo.

Le quedó muy agradecida y le dijo escuetamente que quería volver a coger su maleta.

Le tendió la mano, con un gesto amistoso, para decirle adiós y gracias.

Él la tomó y se inclinó ligeramente hacia ella de una manera poco usual.

Recuperó la maleta y se dispuso a andar de nuevo, avanzando a zancadas. Su paso, rápido, no cesaba de acelerar.

Le miró las piernas, finas, encaramadas en los tacones, el cabello claro de reflejos dorados, elevados por un moño que se deshacía.

Todo en ella parecía aspirar hacia lo lejano, su silueta menuda, la determinación

de su paso, su postura dispuesta. El vestido le bailaba con el movimiento y el viento. Y, de pronto, se apresuró a seguirla.

Veía cómo se alejaba. No sabía qué hacer para retenerla. Para conseguir a una chica como ella, se dijo, hay que volar, ir con el sable entre los dientes.

Se paró en el andén. No, claro que no. No tenía que perseguirla. No podía. Iba a creer que estaba loco, o desesperado. No era más que una quimera, una visión de su espíritu. Un producto de su imaginación. Algún día quizás lo arrestarían y lo reconducirían a la frontera. Tendría que volver y esperar, aguardar otra vez para ir allí... No podía más. Estaba anestesiado, agotado por aquellos largos meses de travesía. Ahora sólo le quedaban sus sueños, y la siguió. Ya no tenía frío, ni hambre, ni tampoco estaba triste. Le habría gustado llorar. Pero no sabía. Nunca había sabido.

Decidió dejarla partir.

Sólo tenía que avanzar a la espera de que algo sucediera. Era todo lo que podía hacer ahora. Mantenerse tranquilo, sereno, caminar sin reflexionar. Dejarse llevar por los acontecimientos. Hasta el momento en que sería arrestado. Hasta el final del andén. El final de la aventura, el final del sueño. Y resistir hasta la muerte.

Y en ese preciso instante ella se dio la vuelta. Y con aire resuelto se dirigió directamente hacia él.

## Capítulo 9

—Ah, hola de nuevo.

Él le sonrió. Pero ella le lanzó una mirada sombría indicándole el final del andén.

Miró al frente. Justo en aquel momento el revisor del tren se acercó a dos hombres con quepis. Se puso a hablar con ellos. Los tres se dieron la vuelta hacia el andén. Empezaron a escrutar las caras de los que iban llegando. Ambos se separaron un poco porque juntos formaban una especie de barrera.

Ella le dio su maleta y luego su brazo, indicándole que los cogiera.

—Creo que van en busca de hombres solos. Póngase en el lado izquierdo. Así no lo verán.

La tomó del brazo. Caminaron a un paso razonable sin darse mucha prisa para no hacerse notar.

No sabía qué decirle. Le habría gustado contarle su historia. Una noche se encontró caminando solo por la carretera. Había llegado al límite de sus fuerzas, quería simplemente dormir. Ya no sabía a dónde ir. Había acabado por montar en un camión, en un área de reposo. Reventado, se durmió en él. Cuando se despertó, ya estaban lejos. El camión se dirigía hacia el sur. Había que volver lo más aprisa posible. Cuando telefoneó la noche anterior se había enterado de que había sitio para él en el siguiente convoy. Por eso se había subido al tren rápidamente, sin tan siquiera comprar billete. Tenía el dinero justo para pagar al contacto. La cita tendría lugar aquel mismo día, a medianoche, delante de un bareto cerca de la estación.

Una vez hubiera atravesado el mar, solicitaría una demanda de asilo. Obtendría una ayuda inmediata de las autoridades. Allí, al cabo de seis meses tienen derecho a tener un trabajo legal. Sin carnet de identidad, sin control en las calles... Sí, allí existe la libertad. Por eso se fue de su país, sin decir nada a nadie, brutalmente, para ir hasta aquel lugar. Se había deshecho de sus cadenas, por la noche, una única bolsa, para liberarse, partir sin pensar en ello, para evitar el miedo del día siguiente y de todos los días que seguirían, para huir del terror. Se fue para salvar su vida.

Ella había conocido a muchos extranjeros desde que ejercía su profesión. Buscaban la libertad a todo precio, por ella dispuestos a morir, electrocutados, aplastados, asfixiados...

La habían destinado al norte para realizar prácticas. No era lo que había elegido en primer lugar. Hubiera preferido irse más lejos, a otro lugar, a otros países. Necesitaba viajar, ver otros continentes. No había dejado de estudiar desde que entró en la universidad. Estaba contenta de irse pronto, por la novedad que suponía su

período de prácticas.

Sí, los había conocido, a los que habían llegado al país. Después del cierre del campamento de acogida, se habían escondido por los campos. Eran más de un centenar los que se refugiaban en los bosques que rodeaban la ciudad. Se ayudaban mutuamente, se daban consejos, aprendían a sobrevivir gracias a un poco de agua y pan, fuego y algo de ropa donada por los habitantes y las asociaciones.

Después, la policía empezó a tapiar los búnkers de las playas del litoral, así como las casas vacías. El prefecto había hecho venir refuerzos, cerca de quinientos guardias, para aumentar el número de controles y así impedir «las ocupaciones salvajes». Cada día se hacía más difícil huir, las carreteras estaban cortadas y las tensiones aumentaban; estallaban discusiones cuando intentaban encontrar otros caminos, otras vías, unas más peligrosas que otras. Ella había asistido a trifulcas cuando los patrones se embolsaban el dinero sin cumplir su contrato. A lo lejos se veían grupos y había gritos, golpes, hombres locos de rabia y desesperación a los que se tenía que tranquilizar, separar, a veces demasiado tarde. Algunos habían muerto por la libertad, saltando encima de un tren o asfixiados en camiones.

Si supieran... Si supiera, él, que era inútil, que las demandas de asilo solicitadas desde el otro lado del mar pronto serían devueltas a sus países de origen, que el gobierno rechazaba ayudar a aquellos que no habían declarado su presencia desde el momento de su llegada, que los niños ya no serían admitidos en las escuelas y que recibirían una educación por separado, que serían enviados a campamentos de acogida. Centros semejantes a cárceles, instalados en antiguas bases militares, lejos de las ciudades y el empleo...

Si supiera lo que le esperaba... No tendría ninguna esperanza. Pero si lo ignorase sería quizás peor... En el extranjero le dijeron que la Comunidad era la tierra de los derechos del hombre.

No podía decirle la verdad. Allí no había nada para él. Y él no debía volver a su país.

Ella tampoco habría podido volver a su provincia. Una región fronteriza, en el este de la Comunidad. Una ciudad inhospitalaria que quería abandonar desde su infancia. Allí siempre se había sentido mal. Sus habitantes estaban encerrados en sí mismos y eran poco acogedores. Hacía frío en la ciudad y frío en los corazones. Le hubiera gustado nacer en otro lugar, allí donde hace calor, en el sur. Había construido su vida a fuerza de voluntad, subido los peldaños uno a uno, ganado las oposiciones. Subió a la capital. Para ella la universidad significaba la libertad. Ahora, como dicen, formaba parte de la élite de la nación. Le pagaban por estudiar. Todos la respetaban, cosa que no era fácil porque no era la hija de nadie. El Estado creía en ella y ella se lo devolvía con creces. Era su hija, su criatura. Estaba orgullosa de su posición, conquistada a fuerza de voluntad, coraje y resistencia. Le habría gustado olvidar sus orígenes, aquel pueblucho mixto donde se hablaban dos lenguas. Había podido salir de él. Había logrado lo que quería. Se sentía feliz y orgullosa de trabajar para el

Estado y la Comunidad.



## Capítulo 10

La llevaba del brazo.

Hacía todo lo que podía para parecer tranquilo, sereno, para inspirar confianza, y no era fácil. Tenía que demostrarle que era ponderado, equilibrado. Pero en el fondo de su ser permanecía siempre el miedo, ese amigo demasiado fiel. Aquel sudor frío, aquel corazón que se desboca, se sobresalta, se para, se vuelve a poner en marcha. El miedo visceral, incontrolable. En el estómago se le hace un nudo, y pesa, pesa, y no para de pesar. Las piernas flaquean, las rodillas empiezan a vacilar. El miedo de salir, el miedo de no salir, el miedo a la noche y el del día que se levanta. El de ser culpable, a cada policía que veía, a cada coche azul. A cada coche blanco. A cada coche. No tener derecho a nada, nunca. Ser agredido. Miedo de escapar. También de lograrlo. El miedo, primer sentimiento humano, el más original, el más universal. Todos los hombres tienen miedo. Es lo que los une. Es lo que hace que se reagrupen, para protegerse de éste con leyes.

Para marcharse por las buenas, tenía que pensar en otra cosa. Se imaginó que estaban juntos de verdad. Y ya que no debía pensar en la barrera policial, aprovechó para vivirlo todo en su imaginación. Se dijo que sería increíble, magnífico. Estarían allí, juntos ante un surtidor de agua en el campo verde durante el crepúsculo, el sol como una gran bola roja, el río brillando oscuro como su mirada alegre, triste y profunda, y saldrían gloriosos, imprecisos, indecisos, infinitos.

Él ya había estado en la capital. Un día que pasó frío se hizo la promesa de que volvería con la mujer de su vida, la que lo amaría. Esta idea, que lo había ayudado a resistir, fue su alimento cuando tenía hambre, la fuente de la que se saciaba cuando tenía sed.

Porque la capital es la ciudad por donde pasa el río, adonde el amor acude para regenerarse, la ciudad histórica que mira al futuro en el presente y el presente en el futuro. Los amantes lanzan un ancla, un principio, un fundamento, a fin de que el sueño que viven no sea para ellos el de ese preciso instante. La felicidad es la felicidad de la capital, magnificada por el tiempo.

En el centro de la ciudad, en su corazón precioso como un joyero, la isla tras la isla tras la isla, se perdió entre los enamorados. Se fue a los bordes del gran río, se quedó durante un buen rato en el puente y allí se fumó un cigarrillo. Nunca conoció un lugar donde las parejas se enlazaran y besaran. En el reflejo del agua se miran mientras intentan recordar ese instante, y así, viviendo ese momento bajo el ojo supremo del futuro, lo hacen todavía más grande y más intenso.

Y recuerda el crepúsculo ante el río. Durmió allí, a ras de suelo, bajo el puente, y ante él, la ciudad antigua y el agua. Y debajo de una manta, muy cerca de los que

dormían sobre cartones, se dijo que un día volvería, porque hay casas sobre el agua, y para él sería la ciudad del amor. Y así, bajo la manta, era un rey.

Recuerda la noche en la ribera del río, con el cielo de imágenes como el humo negro y gris, pequeñas volutas irreales y dulces.

Por la noche lo olvidaba todo. Por la noche ya no existía el pasado. Sólo una reminiscencia, un futuro, un futuro puro. La esperanza. Había oído una música que se acercaba. Alguien estaba tocando el saxofón. Provenía de un barco de estela roja. Entonces se levantó, en la ribera, se puso a bailar solo y pronto fue seguido por los demás. Lo miraban: un espectáculo para las familias, las mujeres, los niños, los vagabundos, los extranjeros. Daba vueltas y su cuerpo lo transportaba a las veladas de su país. Bailaba. Pronto, los tonos bajos se unieron al músico. Sentía las vibraciones en su cuerpo, era el ritmo de la vida.

Había una fiesta en el barco y vio cómo los camareros, muy formales, proponían una copa de champán a la gente vestida de traje y corbata. ¡Todo aquello le parecía tan cercano ahora! ¡Tan cercano y tan lejano!

Se dijo que estaba soñando, que eso no estaba pasando. Nunca podría estar con una chica como ella ante el surtidor de agua durante el crepúsculo.

Y cuando ella aceleró el paso, él comprendió que se sintiera feliz de haber llegado por fin a la estación, dispuesta a volver a su morada. Se preguntó cómo sería su casa. ¿Estaba bien ordenada, estaba en desorden? ¿Era grande o pequeña? ¿Con varias habitaciones o con una sola? Únicamente llevaba una maleta pequeña. Iba ligera de equipaje. Su casa debía de ser sencilla, sin objetos. Seguramente tendría prisa por llegar y, sin embargo, había querido ayudarlo, al desconocido sin techo. A él, el nómada que estaba de paso, el inmigrante como dicen.

## Capítulo 11

Ella caminaba a su lado. Se adelantó. Miró a derecha e izquierda. Delante, la policía. Detrás, el infinito de los raíles. Lo sujetaba del brazo con firmeza.

Era tranquilizador pensar que no estaba loco, que lo único que ocurría es que la necesitaba para llegar hasta el final del andén. Es el motivo por el que se acercó a ella a la salida del tren. No era ni para agredirla ni para seducirla. Ella se había equivocado cediendo al pánico. A veces era demasiado frágil, tenía que ser más fuerte, más responsable, si no ella nunca sería capaz de partir.

Sentía su brazo contra el suyo, un brazo fuerte, poderoso. «No —oyó, y era la voz de su madre—, no vas a comprometerte con un don nadie que has conocido en un tren, un desgraciado que ni tan siquiera es capaz de pagarse un billete, un estafador, un ladrón que no tiene bono... ¡Un clandestino! Mi pobre hija, cómo has caído tan bajo».

Una mujer pequeña, estrecha de miras, fría. Era tan organizada que nunca se podía alterar el orden de lo que había dispuesto. Se pasaba la vida ordenando. Tenía que estar todo siempre limpio, clasificado, impecable. Cuando iba a visitarla, no conseguía comer o bien sufría una crisis de bulimia.

Tenía miedo de parecerse a ella. Soñaba con el agua, con peces maléficos que tenía que coger pero que resbalaban, y decía: No quiero volver a esta agua. Era extraño, la presencia de su madre la angustiaba y, sin embargo, era la única persona que le daba seguridad. Unas semanas antes había sido operada de apendicitis. Había sufrido tanto que la había necesitado, oír su voz, como si fuera la única persona que pudiera calmar su angustia. Pero su madre, por primera vez, no estaba disponible, no pudo hablarle.

De pequeña se había preguntado a menudo si su padre era feliz con ella. Estaba perdido en su mundo, la empresa donde trabajaba, que ocupaba sus días y sus pensamientos después de la jornada laboral. Volvía a casa muy tarde. Leía el periódico, miraba la televisión, no escuchaba a nadie. En los años de juventud había viajado: alquiló un barco para dar la vuelta al mundo con sus amigos. Ella se preguntaba cómo pudo abandonar todas sus ilusiones, sus sueños, sus deseos, para vivir en aquella pequeña ciudad, aquella avenida de casas prefabricadas.

Un día, cuando todavía era niña, conoció a una mujer joven en la empresa de su padre y tuvo el presentimiento de que había algo entre ellos. Sin saber explicar por qué. ¿Quizás una mirada demasiado prolongada, curiosa, hacia él? ¿Quizás el interés de su padre por aquella mujer? ¿O simplemente porque era bonita, más que las otras trabajadoras? Entonces se puso a investigar y preguntó a la joven sobre sus estudios universitarios, la fecha de su llegada a la empresa. Ella sintió que no se había

equivocado. Sin poder explicarlo, con sólo una emoción. Desde aquel día temía sus intuiciones. De entrada prefería rechazarlas.

Los días siguientes se puso muy enferma, como nunca antes, una terrible gripe había invadido su cuerpo y luego su espíritu, durante días y noches. No era la elección de su padre lo que la molestaba, se sentía casi feliz de que tuviera una existencia independiente de su hogar; era simplemente su visión de la vida que se derrumbaba.

Cuando sus padres se divorciaron se quedó sola con su madre y su hermana. Veían a su padre un fin de semana cada quince días. Vivía con la joven que había visto en la empresa. Unos años más tarde, otra mujer la sucedió. Su madre, que estaba sola, decía que «sus hijas eran su vida». Ahora, desde que había llegado a la capital, se había distanciado de ella. Tampoco veía a su hermana, casi no tenía noticias. De vez en cuando una carta llegaba de África o de un país de Asia. Cuando su hermana pasaba por la capital, no iba a verla. Lo lamentaba y se preguntaba qué tipo de vida llevaba. Tenía tres años menos que ella, pero siempre se había sentido más mayor. Desde la infancia, su hermana siempre había sido rebelde: no había estudiado una carrera, no tenía profesión, ni compañero estable, y detestaba a su padre. Lo aborrecía, pero no paraba de hablar de él las raras veces que ambas se veían. No conseguía escapar de las regañinas de la infancia. Su hermana estaba resentida con ella, entre otras cosas, por haber tenido siempre relación con sus padres, ¿o quizás lo que le pasaba es que estaba celosa? Sólo sentía desprecio por su vida ordenada, a su edad, como ella decía, en el corazón del sistema. No era feliz, no estaba en paz consigo misma. Sin embargo, su hermana ya era adolescente cuando sus padres se divorciaron. Lo podría haber comprendido. Años más tarde todavía no lo aceptaba. Le costaba vencer el problema. Su hermana también estaba resentida con ella por haberlo superado mejor. En Navidad, ni un beso, ni un regalo, y pronto una gran ausencia. Sólo un fastidio. Odiaba la Navidad. Tenía la impresión de que todo aquello era facticio, que nada era verdad, que la familia, como decía su hermana, no quiere decir nada. Ambas podían haberse apoyado, ser amigas. Nunca habían podido, nunca habían podido intercambiar este tipo de afecto.

Ella lo cogió del brazo con más fuerza. Él sintió cómo sus manos lo agarraban. Estaban juntos, la policía todavía a unos metros... Tenían que hacerles ver que se conocían, parecer naturales.

Él no sabía qué decirle. Le acababa de surgir el miedo a ser arrestado, helándole los sentidos, la inteligencia. Se le secaba la boca. No encontraba tema de conversación, las palabras no venían.

El revisor los observaba. Los tres hombres giraron la cabeza hacia ellos.

Se dijo con calma que estaba perdido. Había hecho lo que podía... Peor para él. Se le encogió el corazón. Sentía las palpitaciones en el pecho. Esta vez lo habían

pillado... He sido un inconsciente. No debería estar aquí. Pero ya está. Su corazón dejó de latir. Adiós para siempre. Al fin y al cabo qué más da.

Ella miraba de soslayo, con los ojos medio cerrados, para observar a la policía. También debía de tener miedo.

Dieron algunos pasos.

—Creo que me han visto —dijo—. Gracias y...

—Escuche —murmuró poniéndose delante de él para taparlo con su cuerpo lo máximo posible—, hay que hacerles ver que nos conocemos.

—¿Viene del sur? —preguntó él con la mirada llena de esperanza.

—Sí, estaba de vacaciones.

—Dicen que en el sur el mar es más hermoso.

—Prefiero el campo. Allí hay demasiada gente.

—Entonces debe de apreciar la soledad.

—No, no me gusta; pero es lo que hay. A veces uno la encuentra sin querer.

—A mí tampoco me gusta viajar solo... Pero tampoco me gusta viajar en grupo.

Él pensaba en la gente aprisionada en los camiones sin ventana.

—Yo también lo detesto.

Ella pensaba en los grupos que organizaban las agencias de viajes para ir a países más o menos exóticos.

—Creo que usted y yo nos conocemos de verdad —murmuró él de pronto.

—¿De verdad?

—Sí, recuerde, fue en la iglesia... Llevaba ese perfume, el mismo que se ha puesto hoy. Era extraño un perfume así en aquel lugar. Me pregunté de dónde provenía aquella fragancia. Giré la cabeza y la vi. Y hace un momento, en el tren, así es como la he reconocido.

Ella lo observó un instante. En efecto, su voz le era familiar. Aquel acento, indefinible, ya lo había oído. Le parecía que lo conocía pero no sabía de dónde. Esa voz grave, melodiosa, modulada, tenía algo de particular, un timbre agradable, casi cantarín y a la vez muy sosegado, tranquilo. Se trataba de un sueño lejano, fragmentario, como si necesitara hacer un esfuerzo para encontrar un mundo perdido.

—¿Cómo sabe que era yo? Hay muchas mujeres que llevan este perfume.

—Era usted, estoy seguro. Y, sin embargo, no lo era. Era diferente. Su ropa, su conducta. Todos tenían miedo, pero usted, usted permanecía serena. Incluso cuando llegaron... ¿Qué estaba haciendo allí?

—Mi trabajo.

—¿Es miembro de una asociación o quizás periodista?

Dudó. Callarse en aquel momento podía provocar malestar. Pero decirle quién era sería todavía peor.

—Creo que se acercan. Venga, pongámonos aquí.

A su lado había una gran columna tras la que podían esconderse.  
Ella miró de pronto su reloj, iba a llegar tarde.

## Capítulo 12

De pronto se le quitaron las ganas de seducirla. Ya no miraba de la misma manera sus hombros, ni su cuello, ni su cara. Veía a otra mujer. Algo en ella lo había contrariado. Ella se había acercado a él sin esperar nada, sólo para ayudarlo. Estaba allí simplemente por él. Le empezó a latir el corazón con un ardor y un dolor todavía más grandes, como si lo hubieran traspasado.

Así pues, ella lo había ayudado, era increíble, no encontraba palabras para describir lo que sentía, no conseguía reflexionar, era la primera vez que le ocurría, era él quien debía seducirla y ahora se encontraba bajo el encanto que se desprendía de su persona como nunca antes lo había estado. Normalmente conseguía provocar fascinación en vez de sentirla, y en ese momento, súbitamente, supo que tenía cosas que aprender de ella, que le tenía que hacer revelaciones, que poseía un saber para ser escuchado, anunciado, y se sintió pequeño, él, que había estado con tantas mujeres en otros tiempos, afrontado tantos peligros, que había superado el frío, el hambre, la noche sin fin.

Estaban detrás de la columna que los ocultaba de la policía. Inclino la cabeza para mirar hacia el final del andén. Los policías estaban allí, parados delante de las salidas. Ella dudaba. Él la necesitaba. Ella no sabía qué pensar. Había conocido a mucha gente durante su período de prácticas en la prefectura. Consejeros generales, alcaldes, responsables administrativos, incluso ministros, y también comerciantes descontentos, vecinos furiosos, policías cansados, presidentes de asociaciones de derechos humanos. Tenía que hablar con toda aquella gente, explicarle que el gobernador civil estaba llevando sus casos. Ella aprendía a protegerse, a aislarse de las personas con las que se cruzaba.

Pero ¿por qué desconfiar de él? Tenía un aspecto fuerte y resistente, aunque se daba cuenta de que estaba pálido. Quizás sentía hambre, tenía que darle dinero, pero no estaba acostumbrada a hacerlo. Era delicado. Le preguntó si se encontraba bien.

Él le respondió que sí, se lo agradecía. No quería su piedad, nunca había estado en una posición así ante una mujer, era incómodo. Pronto ella le sugeriría darle dinero.

Le ofreció dinero. Sacó dos billetes del monedero. Se los dio discretamente.

Él los miró. Con el corazón en un puño. Todo su ser empequeñecido, encogido de vergüenza. Luego sintió cómo un ardor purpuraba sus mejillas, su cara. Por primera vez se enfrentaba a su condición, que nunca antes había admitido realmente. Era pobre, temporalmente. Pero allí, de pronto, todo adoptaba otro matiz. Era un pobre. Se le caía encima su propia miseria, súbitamente, sin que lo esperase, y no conseguía reponerse del golpe. Aquellos meses y meses de huida, de infierno, el hambre, el frío,

la falta de dinero que hace que todo se convierta en un problema, ahora todo se le aparecía claro, evidente. Su condición. No había visto una cantidad así desde hacía mucho tiempo. Le habría permitido ir al centro sin que lo atraparan, comer por la noche y los días siguientes. Comer... Era tan denigrante. Cómo podía haber caído tan bajo. Qué deshonor, qué pena. Ella pensaba que quería dinero. Le costaba tragar saliva. Sintió como un océano de desesperación, de tristeza y de conmiseración de sí mismo, que lo hundió. Su propia angustia lo sofocaba. Contuvo las lágrimas que le subían a los ojos. Se sentía ridículo, se había creído un príncipe, pero sólo era un pobre payaso. Nunca podría conquistarla.

Con gran esfuerzo, enderezó la espalda que se le acababa de encorvar. Relajó los puños prietos, se irguió, la miró fijamente a los ojos y, así, consiguió apartar, lejos de la herida de su corazón, el secreto de su alma ofendida.

De ella lo quería todo menos su amabilidad. La gente demasiado amable es sospechosa. No es molesta la generosidad en sí, ni la buena voluntad, ni el desvelo solícito que generalmente la acompaña, sino la manera en que su corazón se inclina hacia el bien. Y, por un momento, desde lo más profundo de su vergüenza, detestó intensamente aquella bondad, empezó a odiar a la persona que acababa de demostrar su compasión con él como nunca antes había odiado a nadie. Aquel odio era su orgullo resucitado.

Ella inmediatamente cerró la mano. Se guardó los billetes en el monedero, avergonzada a su vez. Los había arrugado. Se sentía terriblemente incómoda. Era susceptible, altivo y orgulloso. Peor para él. Quizás desconfiaba de ella. Quizás el gesto había sido excesivo. Ella también desconfiaba de la bondad cuando ésta se muestra o incluso se adivina.

Sin embargo, le encantaba la gente. Odiaba encontrarse cara a cara consigo misma. No, no le habían gustado aquellas vacaciones que había pasado sola en el campo. Se sentía agobiada, tenía que reflexionar sobre su persona, su vida, sus elecciones, pero no había llegado a ninguna conclusión. Más centrada en el mundo exterior que en sí misma, no analizaba cuáles eran sus propios deseos. No le gustaba indagar en los misterios de su corazón, era demasiado racional para ello. Había recibido una educación rígida, un continuo de prohibiciones. A veces le habría gustado dejarse llevar por la expresión de sus sentimientos, detenerse a soñar... En el instituto le habían enseñado a pensar en tres partes: tesis, antítesis, síntesis. Había aprendido a ver la vida de esta manera.

Lo miró perpleja. Y de nuevo se puso a dudar. ¿Qué quería si no deseaba ayuda ni dinero? No le gustaba nada aquello. Ella se había equivocado. Tesis. Él quería seducirla. Antítesis. La necesitaba para pasar el andén. ¿Síntesis?

Tenía un aspecto a la vez violento y delicado. Algo desgarrador y fuerte se desprendía de él... Tesis. Aquellos ojos profundos y tristes, aquella seguridad, aquella manera de comportarse con ella, aquel cuerpo musculoso habitado con gracia. Antítesis. Aquella cicatriz en la comisura de los labios, aquella tristeza en los ojos.



Síntesis, y paso a otra cuestión: la comisura de aquellos labios, ¿por qué se fijó, si ella nunca suele prestar atención a este tipo de detalles?

Tenía que recordar el momento exacto en que lo había visto. Tenía que esforzarse en encontrarlo por algún rincón de su memoria, que ya lo había enjuiciado. ¿Asunto sin importancia? ¿O muy importante?

Desde que habían cerrado el campamento de acogida, aquellos a los que llamaban «los inmigrantes» se habían refugiado en la iglesia. El gobernador civil lo había intentado todo para que la evacuaran. Ella tenía la misión de secundarlo en aquella empresa. No le había supuesto ningún problema; su preocupación era gustar al gobernador, tener una buena nota de prácticas. Era fundamental para acabar la universidad, para licenciarse, que era su objetivo principal. El gobernador civil les había explicado que los extranjeros están mejor en sus casas que en este país donde nunca tendrán nada. El ministro, al cerrar el campamento de acogida, declaró que la Comunidad había querido enviar un mensaje al mundo. Claro está, decía, no era posible construir un muro que además habría sido ineficaz en este caso, pero preveía la puesta en marcha de «un cuerpo de oficiales de la Comunidad» para luchar contra la inmigración que procede de los países del Este y también contra la que viene del sur. Según él, la Comunidad era para todos y cada uno de nosotros el elemento de fuerza que permitía luchar contra la inmigración. Por eso era necesario que la Comunidad dejara de ser un «colador».

Entonces se aprobó toda una serie de decretos. Se llevó a cabo un llamamiento a los guardias para luchar contra la llegada de los refugiados y también contra su huida, por la noche, cuando debían ser arrestados. A veces eran cien, doscientos, los que atravesaban la autopista, los que saltaban a los camiones y los trenes. Habían tenido que enviar patrullas enteras para controlarlos. Después llegó el cierre de los búnkers y de los albergues, y finalmente el del campamento de acogida. Aquellos que habían aceptado solicitar asilo, fueron conducidos a centros de acogida situados fuera de la ciudad o a centros de alojamiento provisionales, desde donde tenían sólo cinco días para hacer su demanda y también, en caso de rechazo, desde los que serían reconducidos a la frontera. Los otros erraban por la calle, buscaban alojamientos improvisados...

Intimidaciones, arrestos, invitaciones a abandonar el territorio u órdenes de expulsión, un policía del puerto traficando con tabaco; sí, ella había visto todo esto... Y mucho más.

La iglesia... Por supuesto, la iglesia. Después del cierre del campamento algunos se apelotonaron precisamente allí, es difícil no acordarse. Ella había preferido olvidarlo todo, era más cómodo. A veces es mejor olvidar para poder seguir viviendo. Incluso se archivó el informe que hizo para el gobernador, por necesidad y por deber. Tuvo que evitar mencionar lo que había visto. Todo fue tan rápido, era mejor no decir

nada, no hacer nada, borrar la escena de su memoria, como se hizo sobre el papel. Hacer tabla rasa.

Lo miró. Y de pronto vaciló. Se preguntó si aquel trabajo la había satisfecho, aunque ella fuera una simple ejecutora. Nunca se lo había planteado, obnubilada por el objetivo que esperaba, y, sin embargo, sabía, sí, sabía que hubiera preferido no estar aquel día en la iglesia.

Lo miraba, miraba al extranjero que estaba delante de ella.

Él no lo sabía. No había comprendido cuál era su profesión. Jefe de misión del gobernador civil...

La misión en cuestión era la de tramitar los expedientes de los inmigrantes. Es decir, llevar a cabo la evacuación del campamento de acogida, de la iglesia, la ciudad y la región. Solucionar el problema de los extranjeros. Por fin, ella también se detuvo.

## Capítulo 13

Sacó un paquete de tabaco. Le ofreció un cigarrillo que él cogió. Se encendió el suyo antes de darle el mechero y, después, cambiando de opinión, le preguntó si quería que ella se lo encendiera. Él aceptó.

—Gracias.

La llama crepitó con una luz tenue iluminando sus ojos inmensos.

Bastaba con poco para que él recuperara la esperanza, para que le perdonara su bondad, para que deseara de nuevo conocerla, escucharla, seducirla.

Ella se sonrojó al ver cómo al fin se le iluminaba el rostro después de haber estado tan sombrío. Tesis. Manipulador, seductor. Antítesis. Sensible. Hipersensible. Síntesis. Tendría que plantearse ser menos cortante.

—¿Viene de muy lejos? —le preguntó.

Se sintió incómodo. ¿Qué decir de su país inmerso en la tormenta? Casi había llegado al final de sus estudios, qué decir de él cuando ya no era el mismo. Qué decir, ahora que ya no podría vivir imaginando que tenía dinero y que todo iría bien, que estaba de camino y que un día llegaría hasta allí. Qué decir de su patria que había abandonado para siempre, y que ya no era su patria.

—De lejos, sí. He atravesado muchos países. He viajado tanto que casi he olvidado por donde he pasado. He oído muchas lenguas. Algunas que conocía, otras que no.

Él habría deseado explicarle por qué amaba las lenguas. Apreciaba su musicalidad, su ritmo particular, sentía fascinación por las palabras, que coleccionaba. Cada nueva expresión era una fiesta para él, cada lengua tenía una sonoridad y ritmo propios. Algunas cantaban, otras bailaban daban vueltas, valsaban, ladraban, eructaban, vociferaban unas se quejaban y otras declamaban; algunas eran lentas y otras muy rápidas, impacientes. Unas entrecortadas, otras entrelazadas. Los hombres eran similares pero sus lenguas distintas. Ésa era quizás la fuente del problema.

Pero no dijo nada. En su país, el hecho de que dos personas no hablen es señal de buen entendimiento, y los amigos pueden encontrarse no para hablar juntos sino para callar juntos. Allí nunca vio a la gente encontrarse en el silencio.

Se miraron, uno cerca del otro, sin realmente osar dar un paso. Estaban parados en el andén, que se quedaba poco a poco sin viajeros. Los dos desvestidos progresivamente por la muchedumbre. Pronto estarían sin protección, desnudos.

—¿Adónde se dirige? —le preguntó.

—Allí —respondió él con los ojos brillantes—. Tengo una cita hoy, a medianoche. No tengo que llegar tarde; si no, no me esperarán.

—¿Es la primera vez?

—No, ya he hecho otras tentativas. Varias veces. Pero no ha funcionado. Es demasiado arriesgado sin un contacto. Allí es diferente. Está organizado. Hay papeles y todo lo necesario para llegar. Es la primera vez que va en serio...

—Medianoche —murmuró ella—. Hay que controlar la hora. Que no se haga tarde... ¿Hace tiempo que espera?

—Seis semanas. Mucho tiempo...

Hubo un silencio, y luego:

—He visto en el tren que estaba leyendo un libro de derecho... —dijo él.

—Es para la universidad, hay asignaturas técnicas que tengo que repasar.

—¿Qué es lo que está aprendiendo?

Buena pregunta... Lo aprendía todo. Todo y nada. Cultura general, finanzas públicas, economía, derecho...

—Aprendo a gobernar...

—No le gusta, ¿no?

—¿Por qué lo dice?

—La he observado durante el trayecto. Parecía aburrirse.

—¿Ah, sí? Sí, en el fondo me aburre. No me gusta, no... Sin embargo, un día será mi profesión. Es extraño, ¿no?

—No. No siempre sabemos lo que nos gusta. A veces uno se da cuenta demasiado tarde. Pero para usted no es demasiado tarde.

—¿Cómo lo sabe?

—Los límites son los suyos. No los de la vida. Puede emprender todo aquello que quiera, si lo decide. Es una mujer libre en un país libre.

El silencio, de nuevo.

—¿Qué hacía en su país?

—Estudiaba lenguas. Aprendí francés.

—Lo habla bien.

—Es una lengua muy bella. Me gusta su poesía. ¿Y usted?

—Poesía, ya no leo. La poesía no sirve de nada.

Pensó en sus manuales de finanzas y derecho que no paraba de estudiar, de aprender, de glosar. Desde que empezó la universidad, todo tenía siempre que ser útil. Nada era gratuito. Cuánto tiempo hacía que no leía poemas... La poesía, para ella, iba unida al amor. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba enamorada?

—Ahora mi país es la lengua. Nunca volveré a casa.

—¿Le duele?

Tiró la colilla del cigarrillo, la aplastó.

—¿Ve estos cordones? —dijo señalándose los zapatos—. En mi país la gente los utiliza para ahorcarse.

## Capítulo 14

Su teléfono sonaba. Miró el reloj, y con un gesto nervioso lo sacó del bolso.

—¿Qué haces? ¿Dónde estás? ¿Has visto qué hora es? ¡Hace siglos que te espero! Habíamos quedado que estarías en el primer vagón para salir más deprisa. No tengo tiempo y tú lo sabes. Este retraso es dramático. ¿Recuerdas que te estoy esperando?

Alguien había venido a buscarla al final del andén.

Iba a abandonarlo, dejarlo ahí. Seguro. En cualquier momento. Por eso miraba la hora.

Y él, ¿qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? ¿Era feliz con su compañero, amigo, marido, ese hombre que la llamaba? En ese caso, ¿por qué permanecía allí con él, arriesgándose a recibir reproches por quedarse en el andén? Estaría furioso. Incluso quizás le montaría un numerito.

Aquel reloj de metal blanco y esfera azul, aquel pequeño objeto, ¡qué fuerza, qué poder fabuloso! Él, que ya no tenía ni reloj, ni horarios, ni citas, que se levantaba con el día y se acostaba con la noche, que había perdido la noción de los segundos, de los minutos y de las horas, miró de pronto el objeto con una especie de pavor. Era el enemigo más temible, aquel reloj maléfico, satánico y mágico que decidía su suerte, su vida. Estaba solo. No podía hacer nada, él, que había desafiado a la noche y a los policías, que se había enfrentado a los hombres, al frío, al hambre, a la enfermedad, a la fiebre y al dolor; él estaba ante aquel enemigo todopoderoso, completamente desamparado. Por más que hablara, éste ganaría. Por más que actuara, éste estaría siempre allí, avanzando en su marcha ineluctable, con su seguridad redonda alrededor de la misma esfera. Él podría gritar, que éste no lo oiría. Era impasible. Invencible.

No lo comprendía, le daba miedo saber que tenía enfrente algo tan despiadado.

Pero había tomado la determinación de enfrentarse, aunque su vida dependiera de un reloj, ¿lo haría también su corazón?

Sus ojos brillaban bajo los mechones rebeldes. Él tenía que aprovechar cada momento. Llenar el espacio liberado por el reloj. Todo iba demasiado deprisa. Darse prisa por conocerla. Hacerle hablar, decirlo todo a fin de vivirlo todo para dilatar el tiempo, en vez de asustarse viendo cómo pasa. Vivir: hablar y actuar. Existir sin dejar de desesperarse. Concentrarse únicamente en el momento presente. Sin pasado, sin futuro. Relajarse. Él tenía todo el tiempo del mundo. Tenía hasta medianoche.

Una vez más, ella miró el reloj.

Él la esperaba, se impacientaba. Cuando llegara a la cita, tan tarde, le montaría un

numerito. Le pediría explicaciones. Con él todo estaba siempre cronometrado. Nunca tenía tiempo para ella. Tuvo que insistir para que fuera a buscarla. Le dijo que era inútil, que le supondría perder muchas horas, cuando sólo había que coger el metro o un taxi. Pero a ella le gustaba que estuviera allí, por ella. Era la manera que tenía de hacerle ver que era importante. Y él sentía horror a perder el tiempo y, por encima de todo, odiaba tener que esperar. Incluso le pidió que se diera prisa al bajar del tren... Estaba segura de que no la esperaría si llegaba tarde. ¿Y si lo pusiera a prueba? Así podría saber si la amaba realmente. Podría comprender... Si él la espera, es que la ama. Si no la espera, es que hay un problema.

Esta idea le hizo gracia, se dijo que era acertada, que había signos que uno tenía que saber descubrir e interpretar. Todo aquello tenía un sentido. Si se marchaba, su amor era aparente, su interés por ella sólo era una actitud más. Si él no era capaz de ofrecerle su tiempo, de ofrecerle aquel sacrificio...

Con este pensamiento se estremeció como si estuviera ante una evidencia. Aquellas noches en que debían verse. Y él anulaba las citas. Aquellas vacaciones que habían previsto pasar juntos. Y él tenía demasiado trabajo.

Lo había conocido en un cóctel organizado por el Ministerio. Era guapo, iba bien vestido, seductor, tenía éxito con las mujeres, la había hecho reír, le había explicado su vida, le había hablado de sus proyectos, de su profesión. Después del instituto, había ido a la universidad y después lo habían nombrado en el Consejo. Para ella, que todavía estaba en la universidad, el Consejo era el ideal, el objetivo supremo, inalcanzable. Habían hablado de los profesores, de la matrícula, de las prácticas y de las notas; le dio algunos consejos. Consejos para entrar en el Consejo. Una vez superadas las pruebas de ingreso, todo empezaba de nuevo, ya que era necesario obtener buenas notas para entrar en el Cuerpo Superior, el Consejo, la Inspección o la Corte, la punta de la cúspide, él admitía que el resto no valía para nada. Y ¿después? —le preguntó ella—. Justamente después tienes tiempo, no haces nada. Y te metes en política.

Ella le habló de sus compañeros de promoción, con los que no se llevaba demasiado bien, de sus ganas de terminar los estudios y empezar la vida activa, del próximo período de prácticas que había elegido. Él le dijo que le acababan de nombrar jefe del gabinete del ministro. Era una oportunidad. Ayudaba a algunos políticos en su campaña, intentaba establecerse en una región del país, le habían atribuido un feudo de oro, pronto tendría un lugar reconocido en el partido y, un día, quién sabe, sería ministrable.

Pensó en la noche en que se conocieron. Salieron juntos del Ministerio y él la invitó a cenar. Era un muy buen restaurante. Ella pidió sopa de bogavante y tártaro de atún. Él eligió *foie* y un chuletón de buey poco hecho. Consultó la carta de vinos, dudó, había un burdeos excelente. Finalmente eligió un borgoña. Con la carne iría mejor. Era atento, tierno, simpático, tenía una conversación agradable, sin ningún tiempo muerto, sabía animarla, hacer preguntas interesantes y decir: ¿Otro café?

cuando en realidad quería marcharse. A ella le gustaba ver cómo se movía, mirar cómo comía, cómo volteaba el vino en la copa antes de olerlo, degustarlo, y aquella discreta señal con la cabeza al *maître*. Le gustaba su físico, los ojos miopes de quien los había hecho trabajar demasiado, las manos finas, elegantes, de quien nunca las había utilizado, la clase que denotaba su conducta, el corte impecable del traje.

La acompañó a casa, le preguntó si salía con alguien, ella le dijo que no, la besó, se vieron unos días después, pasaron la noche juntos, le dijo que estaba casado, ella le respondió que no lo vería más, la llamó en numerosas ocasiones, ella se mantuvo firme en su determinación. Durante varios meses no se vieron. Y un buen día la telefoneó para decirle que se había separado de su mujer y que le gustaría volver a verla.

Se llevaban bien, tenían ganas de estar juntos, de llamarse en el mismo momento, se descubrían, mostraban lo mejor de sí mismos, y ella se decía que era una relación auténtica. Él conseguía darle seguridad, estabilizarla, a ella, que tan a menudo se enredaba en historias complicadas que no le gustaban. Deseaba que la hicieran sentir segura y quería que le pidiera que se quedasen juntos, y le gustaba irse de fin de semana con él, pero tenía un horario extremadamente ocupado, jornadas de trabajo repletas, con sus comidas y cenas, entre su trabajo en el Ministerio y los desplazamientos que debía hacer fuera de la ciudad para intentar establecerse y así ser elegido en las siguientes elecciones. Incluso los domingos los dedicaba al trabajo, porque el domingo era día de mercado.

Al cabo de unos meses las cosas se complicaron. Él no tenía tiempo, no pedía ni siquiera permisos. Ninguna pausa. Decía que odiaba las vacaciones, que no les veía la utilidad, que no sabía nunca qué hacer ni a dónde ir. Se aburría. De hecho, temía aquellos momentos en que uno se encuentra cara a cara consigo mismo, el otro, y frente al tiempo que se eterniza. Incluso entre semana procuraba ocupar las noches con invitaciones y cenas, para encontrarse rodeado de gente, siempre activo. Desbordaba dinamismo, dormía poco; se había cambiado de piso, pero su nuevo apartamento seguía vacío, su nevera abierta, desenchufada, su correo personal cerrado. Lo amaba —¿acaso no había abandonado a su mujer por ella?—, pero ¿la amaba él tanto como amaba el poder? Y volvió a pensar en aquella velada en el Ministerio, en la recepción dada en honor a un jefe de Estado. Él había hablado con unos y con otros, personalidades importantes de la Comunidad, ministros y ministrables, sin tan siquiera dirigirle una mirada a ella. Luego, cuando volvieron a casa, le advirtió que tenía que mezclarse más entre la gente si quería meterse en política, si deseaba hacer carrera, e incluso para aprobar su período de prácticas, para obtener una buena nota. Tenía que mostrarse más amable. Amable, es decir, digna de ser amada...

Procedía de una pequeña ciudad donde la hipocresía era indispensable. Desde entonces conservaba la intolerancia por el doble lenguaje, las artimañas, las falsas mundanerías. Era franca, directa, incapaz de mentir, respetaba la palabra dada, la

puntualidad, la frialdad, y ahora, es cierto, era incapaz de mostrarse amable cuando no lo sentía. Era cortante y, en algunos contextos, podía incluso disgustar y parecer antipática.

Él la integraba, la refinaba, la civilizaba, le enseñaba las costumbres de la capital. Se sentía orgullosa de ir de su brazo, en sociedad, se instruía, se enmendaba, aprendía a sonreír cuando era necesario, a reír, a hablar y a callarse. Se sentía valorizada por tener aquella relación. Él se beneficiaba de algunas ayudas pero tenía pocos amigos. De la universidad había guardado algunos contactos, como él decía, pero ninguna amistad con sus compañeros de promoción, convertidos en rivales para la clasificación final, lo que falseaba las relaciones. Se mostraban amables, lo justo, se daban consejos, se ayudaban mutuamente, pero, de hecho, estaban todos solos. Para ser el mejor, para conseguir sus objetivos, tenían que manipular su entorno. La amistad, la sinceridad, en aquel contexto, estaban fuertemente desaconsejadas, eran incluso nocivas. Permanecía en él una gran desconfianza hacia sus allegados, que se reducían, como piel de zapa, a una persona o dos con quien comía a veces, a la vez que criticaba porque no le gustaban. De hecho, no tenía ningún amigo, sólo relaciones que podían servirle, como le gustaba decir.

Desde que salían, ella había evolucionado en esa dirección, se relacionaba menos con sus amigos a quienes no les gustaba su nueva vida, y viceversa. Vivía siempre sola, pensaba que de momento era mejor estar en su casa, aunque tenía miedo de la soledad, y se complacía pensando que un día las cosas podrían evolucionar. Constataba que la vida se escapaba entre las numerosas actividades, fiestas, concentraciones políticas, sin que nada cambiase o progresase realmente.

Estaban metidos en un torbellino, una carrera, y, de momento, estaban satisfechos. Y tenían razón. Quizás ella no tenía que hacerle esperar demasiado, después de todo.

—¿Volverá al norte para continuar su trabajo? —le preguntó.

—No. Hice unas prácticas... Ahora ya han terminado.

—¿En su trabajo unas prácticas?

—Unas prácticas en el despacho del gobernador civil.

Todavía un poco más de valor. Debía decírselo.

—Mi misión... —dudó— consistía en ocuparme del problema de los inmigrantes.

Por eso estaba allí, en la iglesia.

Se produjo el largo silencio que ella temía.

—Comprendo —dijo por fin con una voz sorda—. Estaba con ellos, ¿es así?

—Sí, con ellos.

—Por eso no tenía miedo.

—Probablemente.

—¿Entonces, se acuerda ahora?



—Me acuerdo.

—Había alguien que iba conmigo. Alguien que se me parecía.

—¿Quién era?

—Mi hermano —dijo él.

Hubo un silencio.

—Y usted, ¿qué piensa de lo que pasó?

—Nada, no pienso nada. Aprendemos muchas cosas en la universidad. Y sobre todo a no pensar.

—Entonces, ¿por qué me estaba ayudando hace un momento?

—No lo sé. Me he dicho que lo iban a coger. Y no quería que ocurriera eso.

—¿Por qué?

—No lo sé, usted me ha ayudado a llevar la maleta y...

El móvil sonó otra vez. Sin responder, miró el reloj. Todavía estaba allí. Esta vez ella debía irse. Todavía no se había marchado, la esperaba, significaba pues que la amaba... Ahora tenía que irse, decirle adiós a aquel extranjero.

—Debería esperar aquí a que se fueran... Me tengo que ir. Le deseo buena suerte...

Pero antes de decirlo, dudó. No conocía su nombre.

Él no quería dar su nombre. ¿Para qué el nombre? No es más que una manera de clasificar, de contarse, orientarse para no confundirse, para separarse, definirse, de una vez por todas. Él no quería saber su propio nombre, pues un nombre lo habría definido, normalizado.

Y ella volvió a mirar el reloj. Acababa de hacerlo. La hora seguía siendo la misma, poco más o menos.

Estaba impaciente por verlo de nuevo. Ansiosa. Había pensado mucho en él durante aquellos quince días. Tenía ganas de estar a su lado toda la vida. Formaban un buen equipo. Se dijo que quería que le pidiera en matrimonio. Tenía ganas de sus abrazos. Tenía sed de su ternura. Tenía ganas de oírlo, de hablarle. Le gustaba ver cómo se movía, cómo comía. Le gustaba despertarse a su lado por la mañana. En pocas palabras, iba a verlo y todo se aclararía en su mente. No era la llamada del reloj. La hora seguía siendo la misma. Era la del corazón.

Para él se había vuelto a maquillar en el tren. Se había retocado el moño. Él la prefería con el cabello recogido. Se había puesto los zapatos de tacón, los que él le había regalado. Y el vestido blanco de lino. A él le gustaba.

No, no deseaba saber el nombre del extranjero.

## Capítulo 15

Se hacía de noche en el andén. Las curvas de la ciudad se arqueaban en la bruma crepuscular. El viento se estaba levantando, un viento suave, sin dirección, que barría la luz de las caras. Se hacía rosa y gris en la tierra.

Durante un segundo él se dejó llevar. Se hundió en la nostalgia, sentimiento exaltador y mortífero.

Se vio rodeado de rejas que impedían partir hacia un lado u otro. Pensó en el campamento... cercado de rejas, con la entrada cerrada. De nuevo era prisionero de aquel centro donde había vivido y desde donde veía el mar a lo lejos, la arena dorada de las costas del norte, las dunas, las hileras de casas, los campos que se pierden de vista agitados por el viento, y los barcos en ruta hacia la libertad. Horizonte de todos los horizontes para los que están aquí, refugiados. Durante todo el día no hacen más que atravesar el campamento de acogida, entre los policías, los aduaneros, los guardias, porque están de paso. En ese espacio cerrado, iba, venía, volvía a venir, pasaba como un fantasma, con la amenaza de ser arrestado, cogido, de quedarse allí toda la noche, o toda la vida; entonces se dirigía hacia cualquier parte, aunque fuera para volver al mismo sitio, prolongar la vida errante, para no ir a ningún lugar, porque él estaba allí sin estarlo, como una carta doliente.

Se acordó del momento de su llegada, después de un largo periplo. Delante de la puerta estaba su hermano.

Éste miraba el mar mientras su ropa blanca se secaba. Se dirigió hacia él sin podérselo creer: ignoraba que su hermano también se había ido.

Sin decir ni una palabra lo abrazó. Las palabras son débiles cuando los ojos y los gestos se expresan.

Lió un cigarrillo que ambos fumaron frente al mar.

Luego descubrió el campamento de acogida, el hangar que olía a lejía, ya que todo se debía limpiar y desinfectar constantemente para que estuviera aseado durante las llegadas y partidas; siempre impecable, sin enfermedades, sin contagios, sin suciedades venidas de otros lugares, y también se oía aquella algazara permanente como zumbidos, voces mezcladas y pasos que resonaban en el suelo de cemento...

Al día siguiente decidieron irse juntos, caminaron en la oscuridad con algunos otros, vestidos con pantalones y jerseys oscuros, recorriendo kilómetros para huir. Tomaron la misma ruta que los demás. Atravesaron el pequeño puente. Como ellos, fueron a campo traviesa, hasta la autopista. Franquearon las barreras de seguridad. En las tinieblas, sus sombras iluminadas por las farolas se lanzaron sobre el asfalto bajo la mirada de los conductores sorprendidos de ver, con la brusquedad de la luz, hombres como coches.

Caminaron varios kilómetros por los campos, a lo largo de la alambrada erizada de púas, para intentar encontrar la falla, el punto débil que permitiera penetrar en el emplazamiento. Pero proyectores de control barrían la planicie, sin interrupción.

Junto a los más tenaces, prosiguieron a lo largo de los raíles. Atravesaron las rejas y las barreras de seguridad situadas en los andenes y los portalones en las rampas de embarque. Tenían herramientas. Cortaron el cercado y, gracias a las mantas que habían cogido en el centro, lograron neutralizar los rollos de alambradas. Luego siguieron avanzando juntos hasta el andén de embarque. Allí encontraron un grupo de hombres que, como ellos, habían logrado penetrar en el andén. De pronto, otros surgieron de la noche gritando y gesticulando para llamar la atención de la policía. Enseguida llegaron y los arrestaron. Se dejaron coger sin oponer resistencia. Los distrajeron. Los otros desaparecieron y se ocultaron en el andén.

Los trenes frenaban al acercarse a una gran curva. Tenían que saltar a los vagones y luego esconderse. Su hermano y él iban agazapados por todo el andén, entre el hormigón y los ejes, para agarrarse a los vagones en el momento del arranque; pero aquella noche había catenarias. Él avisó de que iba a saltar a los vagones desde lo alto de las rampas de acceso a los trenes, a pesar de la presencia de catenarias. Lo habría hecho si hubiera estado solo, seguro. Había corrido tanto mundo durante aquellos últimos meses que el salto definitivo no tenía precio, ni el de la vida. Tenía miedo. Pero lo habría hecho. En el momento en que iba a lanzarse al vacío, su hermano lo agarró con fuerza por el hombro para impedirsele. Quiso liberarse de su vigor de hierro. Lucharon peligrosamente. Él terminó poniendo fin a aquel triste combate. Regresaron al campamento de acogida, de noche.

Al día siguiente, en el hangar gigantesco, comieron, durmieron. Luego fueron a buscar ropa, llegaba un nuevo envío. En una cola interminable, mil personas se apretujaban las unas contra las otras, y siempre aquel olor a lejía, aquel ruido ensordecedor. Allí fue donde se enteraron de lo que había ocurrido la víspera. Todos los que se habían agarrado al vagón para subirse a bordo del tren estaban muertos. Las catenarias estaban electrificadas.

Un sudor frío le resbaló por la espalda. Miró a su hermano. No se lo agradeció. Le sonrió para demostrarle que se sentía feliz de existir. Lo contempló sin decir nada, entre las palabras, los silencios y los pasos, en el aturdimiento bienaventurado de quien ha rozado la muerte, el asombro de estar allí, y de que hubo un mañana para él. La felicidad simple de existir, de estar en el mundo, de ver un rayo de sol sobre el mar, un viento fresco, un vaso de agua, una sonrisa en una cara, una cara.

Y le prometió que allí, un día, seguro, conocerían la libertad.

## Capítulo 16

Un niño caminaba por el andén. Lloraba. Era un niño de rizos oscuros, grandes ojos azules y mejillas regordetas. Caminaba arrastrando una bolsa donde había un arco y una flecha de juguete.

Lo miraba todo con aquella cara redonda y pura y sus grandes ojos. Caminaba solo por el andén. No era normal. Y, de pronto, se cruza en el camino de la joven mujer. Alarga la mano hacia ella, como para hacerle una señal.

Ella se apresuraba para encontrarse con el hombre que la esperaba. Estaba impaciente, nerviosa, apurada como nunca lo había estado. Tenía un nudo en la garganta. El corazón le latía muy deprisa. Pero se fijó en aquel niño solo en el andén, allí, justo en su camino tan trazado. Las lágrimas le resbalaban a lo largo de las mejillas, sin gemidos, sosegadamente, como si estuviera resignado.

Se detuvo. Se inclinó hacia él, que la observó con un aire muy serio. Sus ojos como después de una noche, pequeño eclipse de sueño, sus ojos mojados, graves, la observaban. No había nada más importante que la mirada de aquel niño, que en su desesperación daba su confianza y, mientras se secaba las lágrimas, se daba por entero.

Por lo tanto, se detuvo. Se preguntaba lo que iba a hacer. No podía abandonarlo allí, en el andén, solo. Tampoco quería confiárselo a cualquiera. No debía llevárselo con ella, pues sus padres lo buscarían en el lugar donde lo habían perdido. Pero tampoco podía dejarlo allí, en el final del andén, esperando. Iba a ponerse nervioso, a impacientarse. ¿Por qué tenía hoy que hacerse cargo de la gente? Ella que de costumbre vivía sólo para sí misma. Tenía ganas de escaparse a toda velocidad. De correr, huir hacia su vida normal y volver a encontrar su cotidianidad. Peor para el niño. Al fin y al cabo no era el suyo. Pero a su alrededor la gente seguía avanzando. El andén se quedaba desierto.

Él llegó poco después. La vio con el niño. Así pues, tenía un hijo. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Por qué no iba a tener un hijo? Dudó antes de acercársele. Vio cómo se ponía en cuclillas a su lado, ella que todavía estaba allí, en el andén. Probablemente el padre estaría cerca, se había equivocado del todo respecto a ella. Su hijo...

La observó, paralizado, inmóvil. Aquel pequeño suspendido en su mirada, en sus brazos... Ella no lo había dicho, pero, al fin y al cabo, tampoco había dicho lo contrario. Dio a entender claramente que su vida estaba comprometida. Sólo se lo tenía que reprochar a sí mismo, a su error. Y ahora era una evidencia: claro, aquella

mujer era madre. ¿Cómo verla de otra manera? Tenía la seguridad y el orgullo, la ponderación y la finura, la lasitud y la condescendencia, la autoridad, la necesidad íntima de la mujer que ha dado la vida.

Aquella mujer que de un impulso generoso lo había cogido del brazo para salvarlo, aquella mujer era madre y esposa. Tenía familia y él no lo había adivinado. Era esposa, así pues no se uniría nunca a él. No irían juntos por la orilla del río que brillaba sombríamente como su mirada. Era madre y no lo escucharía en el silencio. No lo besaría. No caminarían cogidos por la calle. Era mujer, y la recordaría como un sueño, así se acercaría a ella de nuevo.

Si al menos conociera la música de su país, le habría sabido decir todo aquello, y ella lo habría comprendido... Si al menos... Si al menos no hubiera estado casada, ni hubiera sido madre, o quizás ninguna de las dos cosas, cómo suspiraría por ella.

Ella levantó la cabeza, lo vio, sus ojos sonrieron. El resto de su cara estaba grave, imparable. Después de todo, qué más da. Quería saber más sobre ella. ¿Acaso no tenía padre? Tenía que disfrutar de su presencia un poco más, aunque sólo fuera por unos minutos, segundos, por una eternidad. Eran las once de la noche. Tenía todavía una hora antes de la cita. ¿Y si la policía volvía?

Poco importaba. En aquel momento le parecía que era la única cosa que tenía que hacer. No habría podido explicarlo. Eran sus ojos que se achinaban, su boca roja, su vestido blanco que chasqueaba con el viento cálido del verano, su moño que se deshacía, su cara que lo llamaba, le era imposible partir.

—Otra vez usted —dijo él—. No paramos de cruzarnos... Creo que es el destino.

—No es el destino —sonrió—. Es usted que no para de seguirme.

—No, no, es usted que no para de esperarme.

—Para nada —dijo ella—. Cada vez que me alejo, usted se inventa algo.

Se acercó a ella y al niño.

—A éste no lo he inventado yo —dijo—. ¿Cómo se llama?

Miró al niño. Es cierto que se le parecía. Podría haber sido su hijo. Sin saber por qué, tuvo el impulso de no desengañarlo; luego cambió de parecer.

—No lo sé... Creo que se ha perdido, y como ya casi no hay nadie aquí...

¡Se había perdido! Sus ojos alegres y profundos la miraron como si acabara de hacerle el regalo más bonito. Ése era el motivo por el cual ella estaba pendiente de él.

De pronto se sentía feliz. Tenía ganas de bailar, cantar, reír y beber a la salud de todos.

—No hay que dejarlo solo, esperando —dijo ella.

Sí, esperar... Todo el mundo espera. ¿Tenemos algo mejor que hacer? ¿Qué hacemos aparte de eso? Nos pasamos el tiempo esperando. Intentamos engañar a la espera trabajando, comiendo, durmiendo, bailando, cantando... Amando también, pero lo único que hacemos es esperar.

Ella se dijo que aquella era la primera cuestión del hombre. No el miedo, sino la espera.

Él miró al niño, pensó en el día en que se perdió por la ciudad. Estaba con su madre y su hermano, cuando de pronto una paloma se posó delante de él. Con los ojos abiertos como platos, giró la cabeza, hipnotizado, absorto en eso que le interesaba, como si se hubiera incorporado a ello. Entonces lo olvidó todo, hasta la conciencia de sí mismo, todo excepto el pájaro posado ante él. Estaba tenso, intentaba fundirse en la acción de mirar, abolir la distancia entre el pájaro y él. Se transformaba en pájaro mientras lo contemplaba. El tiempo para él estaba suspendido.

Cuando alzó el vuelo, le hubiera gustado seguirle. Así fue como se dio cuenta de que estaba solo en la calle. Dedicaron muchas horas a buscarlo. Todavía recordaba el terror que sintió, creyó que se quedaría allí durante toda la vida, pero no lloró. Nunca supo, ni de niño. Su madre le había dicho que había nacido sonriente, nunca nadie había visto algo parecido en el pueblo. Llegó la noche, todavía estaba solo, tiritaba de frío, erraba por las aceras. No tenía ni seis años.

Su hermano todavía lo buscaba. Tenía dos años más que él. Su madre lo esperaba, se había vuelto casi loca, enferma de miedo. Su hermano había recorrido las calles y callejuelas, unas tras otras, a conciencia. Era medianoche cuando lo encontró sentado en la acera. Lo cogió en sus brazos, sin una palabra, velaba por él como un ángel de la guarda.

—¿Y su amigo? —le preguntó—. ¿La va a esperar?

—No lo sé. Ya no lo sé... Estoy dispuesta a arriesgarme. ¿Y usted? ¿Su cita de medianoche? ¿No va a llegar tarde?

—No, no, voy bien —dijo levantando los ojos hacia el reloj del andén—. Todavía tengo un poco de tiempo.

Él, de pie, ligeramente apoyado en la balaustrada, dejó la bolsa. Ella se sentó encima de la maleta, y allí estaba, con el viento cálido del verano que le arremolinaba el vestido alrededor de las piernas. El niño estaba entre los dos.

Aquel viaje juntos por el andén y el vestido serpenteante como un mar que no cesa, un océano blanco, y aquella noche centinela de su encuentro, en los vapores del andén, era sólo el principio de la noche, afuera, tras los pórticos, caminando por el asfalto, sin cenar, pero compartiendo la calma, y a lo lejos aquella música, como un sueño nostálgico.

Algunos misterios de viento en su cara, polvo abrasador de su maquillaje que toma el vuelo, dejando descubrir la desnudez de sus facciones, y sus ojos oscuros cual cielo y noche, despiertos, y aquellas manos, finas, apartando el cabello de su cara; el moño no paraba de deshacerse, poco a poco, en silencio, las mechas se le deshilachaban, se liberaban del dominio de las ataduras, se deshacían como si se prepararan ya para la noche y envolvían sus rasgos de un halo luminoso.

Ella lo miraba, su cabello oscuro, algo largo, aquellos mechones que enmascaraban su cara, aquella mirada profunda que todavía penetraba más en la noche, su camisa blanca en la que el viento se precipitaba, se dijo que era hermoso,

era un estilo que le gustaba, que le sentaba bien, sus manos, en las que acababa de fijarse, sus manos ásperas, poderosas, gastadas pero majestuosas, quería alcanzarlas, tocarlas, sentía, era extraño, una impulsión pasiva, una voluntad de esperarlo, acogerlo, lo miraba a los ojos y era casi insoportable, tenía miedo de que él leyera en ella lo que ella leía en él, bajó la mirada, turbada.

Él, ya se acordaba. Un poco antes ella en el andén, la estación, la partida para siempre, la distancia, el tren, él pegado al cristal, la felicidad discreta de la espera, aquel momento inicial, por eso está pegado al cristal, ella, taciturna, blanca, estricta, inalcanzable, y él que, por casualidad, se había cruzado en su camino.

Entonces, de manera natural, como dos amigos que se conocen desde hace tiempo, como dos amantes que se encuentran después de una larga ausencia, empezaron a hablar, de la vida, de todo y nada, del tiempo que hace y que no hace, del verano y del otoño, de sus esperanzas y miedos, de su pasado y futuro, y de más cosas.

Un perfume evanescente permanecía en el aire, un rayo de sol rasante se eternizaba en el andén, como un último fulgor en el que bailaban las motas de polvo.

Al acabar una frase, y abriendo un paréntesis, se inclinó hacia ella para hacerle otra confidencia. Con aquel movimiento la rozó.

## Capítulo 17

El recuerdo volvió a su mente, brutal y limpio como una cuchilla, preciso, emanación superrealista de su olor, el perfume de su piel y sus vestidos.

Aquel olor a jabón, tan particular, que reinaba entre los extranjeros, los que se lavaban en la iglesia, con mucho jabón y poca agua. Se acordó del primer lugar de su encuentro.

La iglesia...

Estaban allí refugiados, algunos en el interior, otros, los que no habían podido entrar, en el exterior, en el mismo suelo.

Todos esperaban la evacuación, pero delante de las cámaras no se atreverían a hacerlo. Sería de noche, ella lo sabía, y también esperaba.

Ella escuchaba las discusiones de los unos y los otros, los que estaban por «la ocupación», los que estaban en contra, los que querían ir allí y los que aceptaban quedarse aquí, los que morirían antes que ser reconducidos y los que se arrepentían de haber partido.

A la vuelta de la esquina, dos ancianos observaban el espectáculo desde las ventanas de su casa sin flor, sin color, sin interés.

Uno de los dos salió:

—¡Fuera las asociaciones, no las queremos aquí, lo que hay que hacer es poner fronteras!

Ella había oído hablar a los refugiados con los miembros de las asociaciones, las discusiones cruzadas, faltos de intérpretes, las palabras dichas con los gestos y miradas, tentativas fallidas de relación.

—No he encontrado contacto —decía uno—. ¿Cuánto cuesta? ¿Cómo lo hacen? —preguntaba otro—. Ah, bueno, ¿sobre el chasis de los camiones? ¿Se nada hasta allí?

Durante el día hablaban, limpiaban, esperaban. A veces, los que no habían podido entrar intentaban hablarles por un agujerito de la vidriera. Pedían té, una prenda de ropa, una manta. Se intercambiaban listas de palabras para poder comunicarse, buenas noches, gracias, te amo. Hacia las cinco de la mañana oyeron ruido. Los policías habían llegado. Los refugiados se levantaron y, todavía dormidos, se vistieron.

Cuando la columna de policías avanzó, los periodistas retrocedieron. La evacuación de la iglesia empezó de noche, bajo la helada lluvia del invierno. Los hombres que no habían podido entrar en la iglesia dormitaban en los antepechos de las ventanas, las escalinatas de las casas y las aceras, arropados bajo las mantas mojadas, observando de reojo el avance de la policía hacia los refugiados.



La empujaron fuera del atrio junto a los periodistas. Los que dormían se despertaron. Se agruparon. Se apretujaron unos contra otros.

Y él... Era él quien estaba en la escalinata de la iglesia tras el cordón de policías. Una bandada de micrófonos y cámaras se precipitaron para escucharlo, a él, el portavoz elegido por los refugiados, ya que era el único que hablaba la lengua:

—Sólo saldremos de aquí para ir al campamento de acogida. Estamos listos para enfrentarnos con la policía si quiere expulsarnos de la iglesia. Queremos ir allí, estimamos que tenemos más posibilidades de obtener el asilo que aquí.

Alrededor de la iglesia, en las columnas, los antepechos de las ventanas, los otros, escondidos bajo las mantas, en el mismo suelo envueltos por el viento del norte, se ovillaban en la acera. Algunos habían salido para ir a lavarse, pero no habían podido franquear el cordón policial para entrar. Un hombre se cayó desvanecido.

Y él estaba allí, con la mirada grave, la cara roída por el viento. Le dijo a un periodista que su hermano estaba con él que había venido para encontrarlo y que se irían juntos. Había olvidado muchas cosas durante el viaje. Diecisiete meses era mucho tiempo. A veces, en los países de la Comunidad, los policías lo habían arrestado, lo habían metido en la cárcel en varias ocasiones. Y aquí vivían sin nada, como vagabundos, como animales acorralados.

En la iglesia, gritos. «No son las seis, no tienen derecho», protestaban los representantes de las asociaciones.

Entonces los refugiados salieron formando una larga fila y se dirigieron al autobús. Excepto ellos. Su hermano y él permanecieron de pie en el atrio de la iglesia con dos policías junto a ellos. Su hermano se le parecía, con el cabello claro y largo, los hombros rectos, la cara y las manos enrojadas por el frío, y la misma mirada.

—¡No dejéis que se vayan! —gritó al resto del grupo y a los miembros de las asociaciones—. ¡Acerquémonos, impidamos que los obliguen a irse!

Los refugiados los miraron un momento y luego se subieron al autobús. Hombres y mujeres, con aspecto abatido, exhaustos por la espera, el hambre y la noche.

Evacuados por la policía, perdidos, los que habían sido perseguidos durante dos días por la ciudad recibirían pronto las órdenes de expulsión.

Algunos todavía estaban en el atrio de la iglesia. Dudaron. La policía de inmediato los escoltó hasta el autobús. Pero ellos se quedaron allí. Entonces los apresaron.

Todo pasó muy deprisa. Su hermano hizo un movimiento brusco. Hubo una pelea. Un golpe de porra. Vio cómo se desplomaba.

Y gritó su nombre.

Sus ojos estaban secos. Miraba al horizonte, la línea blanca que está por encima del mar.

## Capítulo 18

Cayó la noche, súbitamente, aquella noche de verano, noche de ciudad. Noche sombría, misteriosa, de puertas ocultas. Pero uno no escapa así de su vida, a través del sueño o de la realidad. El andén era recto, sólo había un camino hasta el final. No tenía salida ni aire libre.

Todo estaba cerrado con rejas. Bajo sus pies los raíles. Por encima, el cielo estrellado cual inmensidad serena, tranquila y plácida, sin interés para las historias humanas que acontecen bajo él.

La escalera de caracol, hundida en uno de los edificios, se enterraba aún más por el túnel; una cortina de hierro.

Ante ellos, la urbe de sólidos cimientos, la ciudad y su mundo.

Estaban allí, con el niño, tenían que cuidarlo, tranquilizarlo. Todavía no sabía, el andén, la tierra, el cielo por encima del andén, las estrellas, los gobiernos y el amor. Ignoraba todo esto, pero ya sentía miedo.

A su alrededor, la oleada de transeúntes, hombres, mujeres con niños, juventud, estudiantes, ancianos, había cesado. Todos se habían ido a sus hogares lo más rápidamente posible para refugiarse en las casas y los pisos, tras cristales y ventanas, rápidamente, rápidamente, sobre todo no tenían que pararse, no tenían que volverse, ni a un lado ni a otro, sino que tenían que ir derechos a su habitación, su cama, para estirarse, dormir, olvidar aquella angustia que los hace trabajar, caminar, tener hijos, estar ocupados, y no afrontar la espera.

El niño le tocó la mano. Entonces ella se inclinó hacia él. Éste se dio la vuelta, jugó con su cabello, lo acarició, deslizó los dedos por entre sus mechones. Le puso una mano en la cara, la boca y los ojos, como si los recorriera, una pequeña mano regordeta de niño bueno, que ella terminó cogiendo y que besó.

Miró la hora que avanzaba, el tiempo que escoge su futuro y decide su vida, en una gran indiferencia. ¿Qué hacía él? ¿La esperaba? ¿Qué hacía ella? ¿Había todavía tiempo para ellos? Y pensaba en aquel hombre que la esperaba, impaciente. Le habría gustado aclarar algunas cosas respecto a su relación. Ella tendría que haber dedicado tiempo a pensar en ello mientras estaba en el sur.

Habría deseado que las cosas fueran diferentes. Si no reaccionaba, tenía miedo de enraizarse en una rutina que no había anhelado realmente. Desde hacía varios meses tenía la extraña sensación de no sentir ya nada más. Flotaba sobre las cosas, positivas o negativas, sin que le afectaran realmente.

Pero el niño le tomó la mano muy fuerte, como para retenerla. Él la miró con un

aire implorante, y sus ojos decían: «No me abandones». Ella miraba a lo lejos. Le hubiera gustado comprender en qué punto estaba. ¿Cuál era el sentido de su historia? Pero quizás no había ninguno. ¿Por qué todo había de tener un sentido? El lujo, los juegos, los cultos, los duelos, son tantos los ejemplos de acciones que se hacen gratuitamente, por sí mismas. A veces la pérdida debe ser lo más grande posible para que la vida adquiera todo su sentido.

Por un momento pensó que había gastado su tiempo con aquel desconocido. Todavía no sabía que se equivocaba. A veces creemos que perdemos el tiempo y estamos ganando vida. Nos complace huir de la vida, las cuestiones de la vida, los problemas, y, sobre todo, nos pasamos el tiempo huyendo de la felicidad de vivir. Sean los que sean los avatares de la vida, está la felicidad, no hay que dejarla cuando sentimos que llama a nuestra puerta, y esto se siente desde la primera mirada.

Pero si ella abandonara a su amigo, ¿qué le quedaría en la vida? Por suerte estaba su profesión... Sí, por lo menos le quedaba eso. Nadie se la podría quitar... Aquella carrera en la que ponía toda su energía a fin de construirla, por la que no rechazaba ni las presiones, ni las novatadas, ni el trabajo... Desde que había decidido estudiar en el instituto, supo que se pasaría la vida intentando alcanzar la cima, que lo haría todo por eso, y había acumulado diplomas, oposiciones, buenas notas para salir de su provincia, para marcharse de una vez para siempre. Su carrera, sí, pero ¿a qué precio?

Ella estaba allí, en el andén, al lado del niño, que no le quitaba los ojos de encima, con la cabeza inclinada hacia delante, la cara crispada, la frente arrugada, los puños en las caderas. Se puso a lanzar pequeños gritos de descontento.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed? ¿Qué sucede? ¿Qué puedo hacer...

Las lágrimas corrían por sus mejillas, una inmensa pena, una decepción, un vacío absoluto. Lloraba, no porque tuviera hambre sino porque se aburría. Señalaba el arco y las flechas y todos sus enseres. Había que entretener al niño. Hacía mucho rato que estaba solo y empezaba a sentir el vértigo del aburrimiento. Miedo al vacío. Miedo al paso del tiempo. Miedo a enfrentarse a sí mismo, en un silencio eterno. Miedo a la muerte. Un cachorro de hombre en el andén. ¿Qué quería? ¿Amor? ¿Compañía? ¿Ayuda? No, nada de todo eso. Lo que quería era divertirse. Dadle juego y lo olvidará todo, padre, madre, hermano y hermana, amigos, enemigos... miedo, espera, angustia. Se dijo que es el hombre el que está cerca del niño y no la mujer. Porque a ambos les gusta jugar.

Entonces, en un arranque de generosidad o simplemente presa de aquel sentimiento de duda y de gran límite que impregnaba los ojos del pequeño, lo cogió en brazos.

Ella no se imaginaba con hijos. No quería repetir la experiencia en este mundo extraño e impersonal. Quería vivir su vida independiente y activa, siempre joven, sin la infancia que hace envejecer, que hace sufrir, sin la responsabilidad aplastante del otro. No quería reproducir indefinidamente la vida, para qué. No quería ser madre. Prefería permanecer mujer. Quería ser libre. No, no era verdad... No quería ser como su madre. No quería hijos porque ella misma era su hija... No... No quería hijos porque no quería padre para su hijo. No... Quería un hijo. Pero no de aquel hombre que la esperaba.

## Capítulo 19

Un hombre joven caminaba delante de ellos, barriendo el andén con su bastón y guiado por un perro.

¿Había bajado del tren? ¿Estaba allí para esperar a un viajero al que no veía? En todo caso, caminaba delante de ellos, tieso como un palo, al lado de su perro que tiraba de la correa. Un juego de fuerza terrible se ejercía entre el amo y el perro, el amo lo retenía con un vigor de hierro, aprovechando el apoyo de su cuerpo y su bastón para que no se escapara.

En sus ojos negros, tras las gafas de sol, brillaba la transparencia de una luz oscura. Iba en pos de un pasajero invisible, quizás lo esperaba en vano, quizás lo había perdido sin saberlo. ¿Cuánto tiempo se iba a quedar en el andén? Su perro, que no se podía estar quieto, tiraba de la correa para partir, marchar, y él parecía desplegar una fuerza agotadora para retenerlo. Qué curioso era aquel hombre de los ojos cerrados en el andén, aquel durmiente despierto. Aquel hombre que camina solo en la noche.

Durante su estancia en el sur no había conseguido dormir tranquilamente. Estaba nerviosa, no conseguía conciliar el sueño. Esperaba a que amaneciera para venirse abajo, antes de despertar de nuevo, una o dos horas más tarde, cansada. En aquellos insomnios, las ideas se agitaban con furia en su cabeza, sin que pudiera apartarlas. Daban vueltas, la inquietaban. Se había negado a tomar medicamentos para dormir. Prefería plantarle cara a su insomnio. Luchaba contra su angustia. Detestaba la noche, inquietante. Esperaba a que amaneciera.

En aquellos momentos pensó en los hombres, que toman y se van. Se decía que empezaba a apegarse. Se sentía bien. Miraba hacia otra dirección. Son tan débiles, los hombres, y cobardes ante su deseo, y cobardes también ante el abandono, e incluso ante el amor.

Y si se quedaba con ella, ¿hasta cuándo sería? ¿Hasta el próximo fantasma, el próximo encuentro, por temor a estar solo, por temor a asumir la inanidad de una promesa, de una palabra dada, de una vida compartida?

Se sentía como el rey. Tenía miedo de perder su poder. Es lo que le volvía a veces cruel. Es lo que le volvía autoritario y amenazador, y cambiaría toda su corte si pudiera, y sólo la respetaría si ella fuera más fuerte que él.

Una mujer abandonada, eso es en lo que se estaba convirtiendo. Recordaba la felicidad de los primeros momentos. Y luego, en esos últimos meses, todo se había vuelto diferente. A él se le veía muy poco. La tomaba por una compañera. Incluso a veces le decía «quédate», pero no tenía ganas. Y ella se quedaba, cautiva de su ideal.

Fue él quien la vio, inmediatamente. Se tomó su tiempo para despertarle el deseo,

y luego, cuando ella aceptó compartir su vida, él empezó poco a poco a perder el interés.

Y ella seguía allí, ésa era su maldición. Y la frustración engendra el deseo, sin que podamos desprendernos de él. Él la sedujo, cuando ya estaba lejos de ella, sin aparentarlo, pero lejos.

¿Por qué seguía con él? ¿Y qué buscaba ella en el fondo? ¿Por qué estaba temblando de indignación al pensar en él? ¿Por qué se le subía la sangre a la cabeza? ¿Por qué la garganta se le cerraba en aquel momento, hasta casi hacerle daño? ¿Y de dónde venían las palpitaciones de su corazón adormecido?

## Capítulo 20

El viento se levantó. En el andén, un remolino hacía revolotear los papeles, las motas de polvo. Hacía calor, cada vez más calor. Parecía el anuncio del final, la gran bajada del telón. Esperábamos la evasión.

Algunos relámpagos rasgaron el cielo. Pronto vendría la lluvia, una gran tormenta de verano. El viento se lo llevaba todo a su paso, el vestido bailaba, bailaba a su alrededor como una corola, pétalos que se abrían, los mechones se desgranaban, el cabello le tapaba el rostro. Un gran soplo, venido de no se sabe dónde, envolvía su silueta con un velo diáfano.

El viento hacía que su cabello volara, le achinaba los ojos. Él todavía estaba allí. Ella no sabía si era locura o liviandad, determinación o ternura. Había algo fuerte en él, inmenso, la ciudad, la vida, las mujeres no le habían educado. Su libertad, su inconsecuencia, su manera de arriesgarlo todo, su carácter, su esperanza, su desespero, su manera de decir «allí». Podemos amar a alguien por una palabra, un gesto. Una manera de ser. La ropa, el cabello rebelde, el cuerpo, las manos. Ella ya no tenía miedo. No, sólo había tenido miedo de sí misma. No conseguía sostenerle la mirada. ¿Demasiado intensa? ¿Demasiado profunda?

Tesis. Es realmente muy guapo. Le gusta, es evidente. Ya se está habituando a él, no tiene ganas de irse. No sabe por qué. Antítesis. Es realmente muy guapo. No, eso es la tesis. Antítesis. Al diablo la antítesis. ¿Síntesis? Lo tenía que lograr. No perder la cabeza. ¿Estaba guapa? ¿Le había aguantado el maquillaje? Podría decirle que tenía que desaparecer un momento para retocarse. ¿Dónde eclipsarse? No había eclipse posible en el andén. Sólo una línea recta.

—Disculpen. ¿Han visto a un niño por aquí? ¿A un niño perdido en el andén?

El joven se acercó a ellos.

Parecía apresurado, aterrorizado. De pronto, como si hubiera sentido su presencia, se precipitó hacia el niño. Lo abrazó, lo levantó en sus brazos, con alegría.

—¡Ah! ¿Y tú dónde estabas? ¡Te he estado buscando por todas partes! He tenido miedo... Mucho miedo...

Y luego, dirigiéndose a la mujer:

—¿Es usted quien lo ha encontrado?

—Sí...

—Escuche —dijo el hombre acercándose a ella—. ¿Puedo abusar de su confianza? ¿Pedirle otro pequeño favor?

—¿Sí?

—Me he retrasado y tengo que encontrar a mi mujer como sea... ¿Puede quedarse con él unos minutos más, por favor?

Ella dudó, miró su reloj.

—¿Quiere que lo lleve a información? Allí podrán ayudarlo.

—Oh, no, no vale la pena.

—Es que ya no queda casi nadie en el andén, ¿sabe? —dijo ella—. Nadie.

—Sí —dijo—, lo sé. Es a mi mujer a quien espero, ¿comprende? Es ciega, como yo. Esperamos a que la gente se vaya, así podemos encontrarnos dando golpes con el bastón.

Súbitamente se estremeció, luego giró la cabeza. Había una joven con un bastón delante del tren, algo más lejos, que iba hacia él sonriendo. El joven se dirigió hacia ella guiado por su perro.

Unos segundos más tarde volvieron juntos, cogidos del brazo.

—Gracias por haberlo cuidado... —murmuró la madre—. Venga, acércate —le dijo al niño—, y no te alejes más. Y di adiós al señor y a la señora que te han ayudado.

El niño tenía cuatro años. No sabía cuidarse solo. Tenía una expresión grave y unos grandes ojos serios. Casi no hablaba, algunas palabras... Aquel niño le gustaba. Le caía bien. Ya había empezado a habituarse a él.

El pequeño la miraba. La observaba. No despegaba la mirada de la mujer que lo había protegido, alejado de la gente.

El niño estaba allí, delante de la que lo había salvado, que seguía sonriéndole, con aire tímido. Lo besó, era la última vez.



## Capítulo 21

Al final del andén no había nadie. Él ya no estaba allí. Se había ido. Estaba sola, delante del desconocido, completamente sola ante su vida, y en la vida.

La emoción le hizo un nudo en la garganta. Ella empezaba a arrepentirse. ¿De qué? Se arrepentía del principio. Cuando él la volvió a llamar después de su encuentro. Él pensaba en ella y ella en él. Pero al principio, ¿lo amaba?... ¿Y si todo se jugara en los primeros instantes? Se percibe, desde el inicio de un encuentro, y podemos pasar años dándonos cuenta de que el futuro está ahí, en las primeras palabras intercambiadas, las miradas compartidas, las grandes palabras mudas del exordio.

Rememoró su encuentro, aquella noche en el Ministerio en la que fueron presentados dos veces por dos personas diferentes, cosa que les hizo sonreír. Él dijo que una fuerza inconsciente intentaba unirlos, era probablemente una señal que había que interpretar. Tenían que encontrarse, era lo que le había anunciado en un tono ocurrente.

¿Cuál había sido su primera impresión? La agresividad. Se dijo: Mira, alguien agresivo, pero esto no me da miedo. Lo había visto, de entrada, como un adversario. Y luego todo se borró, difuminó, afinó. Después, hicieron ver que creían en el amor y vivieron juntos largos y buenos momentos antes de volver a esa impresión inicial, capital: él se convirtió en el antagonista que ella había percibido desde el primer encuentro. Sí, se dijo, en la vida, como en el cine, se sabe, desde las primeras palabras, si estará bien, si será adecuado y auténtico, aunque a veces nos quedamos hasta el final antes de volver a la impresión inicial.

Con la primera mirada supo que no lo amaba y que no lo amaría nunca. Él, simplemente, no la conmovió. No sintió nada por él. Y cuando lo vio en aquella velada se dijo que no le gustaba realmente, o más bien que había algo en él que no le gustaba, no porque no fuera un buen momento ni la persona adecuada, sino porque eso no tenía razón de ser. Luego aprendió a callárselo todo, a guardarse una cosa tras otra, y a contar cada palabra, cada gesto, y a no decir nada porque ella había ahogado la verdad de su corazón por miedo a estar sola.

Cuando fue hacia ella, estaba dispuesto a amar, se había enamorado realmente aquella noche, y ella lo hizo esperar, lo mantuvo a distancia por su independencia, su voluntad, porque no quería tener una relación con un hombre casado, y él sufrió por ello, se sentía apegado a ella, sinceramente.

Unos meses más tarde, cuando volvió de nuevo a su lado, estaba cambiado, le reprochaba que se hubiera resistido, que le hubiera hecho esperar, a veces parecía que pretendía vengarse. Ella ya no era la misma, tampoco. Todo el mundo decía que había

cambiado. Era cierto que había evolucionado y no para mejor. Se había vuelto más intransigente.

A veces él le preguntaba: «¿Y ahora qué te pasa?». En aquel «y ahora» había todo el desprecio que tenía por ella y todo el despecho que ella sentía por él. Lo que ahora le ocurría era que se sentía infeliz con él.

La historia de ambos llegaba a su fin. Su historia nunca comenzó. Tenían que hacerse todas las preguntas: ¿Quién eres? ¿Qué dices? ¿Adónde me llevas?

Su historia estaba acabada.

## Capítulo 22

Ella estaba en el andén, siguiendo el camino, que continuaba sin saber adónde iba, dejándose guiar como un navío perdido en el mar.

Pero era él quien se iba, quien hubiera querido dejarla sin extraviar nada, sin perder el sueño. Entonces quería huir, sin el sufrimiento, olvidaría, él que se iba, deprisa, a paso largo, lejos de ella. Después de todo era más fácil, no le preguntaría a ella si sabía lo que había pasado en la iglesia, él no sabría nada. Olvidaría, era lo mejor. Se refugiaría en la calle anónima, de nuevo bajo un puente, en algún lugar en la medida de lo posible donde no se cruzara con su mirada.

Ahora que todo era factible, partía. Huía aterrado como nunca antes lo había estado. Aterrado por una mujer, aquella mujer... Qué quería de él... Inquietud, duda o alternativa... Partir, sí, huir otra vez. Salir sin consumir la victoria. Avanzaba por el andén con paso decidido, alejándose para siempre. A su alrededor todo era confuso. Habría querido saber si aquel encuentro era real, si un día la volvería a ver o jamás, si iba a preguntarse toda la vida lo que habría sucedido en otras circunstancias más favorables, si alguien los hubiera presentado, y se preguntaba si iba a acordarse de él o a olvidarlo muy deprisa, si ella más tarde recordaría el andén, o si olvidaría su cara, como un desconocido, un extranjero, o, al contrario, si no la borraría nunca de su memoria, como un arrepentimiento, un sueño entre otros, y se preguntaba de dónde venía ella y adónde iba, y se decía que estaba allí, en la iglesia, con ellos y contra él, y sin embargo no se lo reprochaba. Sólo se arrepentía de no haber dicho o hecho lo que tenía que hacer, la había asustado, no se había mostrado tal y como era, no había tenido tiempo, y se dijo también que tenía que renunciar a buscar una respuesta a todas esas preguntas, si no iba a volverse loco. Renunciar y partir. Ése era su destino.

Ella miró cómo se alejaba en silencio. Escuchó cómo sus pasos resonaban en el asfalto, sin comprender, sin saber qué hacer. ¿Esperar, no esperar? ¿Seguirlo? ¿Perseguirlo?

Dos músicos tocaban delante de un quiosco. Uno, el tambor; el otro, la guitarra. Cantaban a dúo arias sin palabras, sólo sonidos ritmados por el timbre sordo del tamboril. Una música indefinible, hecha de todas las músicas del mundo, un aria pegadiza, hechizante. Sonora, ahora, en el andén desierto. Ya no había nadie más allí, pero todavía tocaban. Parecía que lo hacían sólo para ella.

Miró a ambos lados para intentar verlo.

No vio a nadie. Ni revisores. Ni policía. Él no estaba allí, desaparecido, evaporado, como por arte de magia. Se preguntó por un instante si no se lo había

imaginado, si toda aquella historia no era un sueño, si no se había dormido en el tren para despertar en medio de un sueño opaco, no elucidado, una carta muerta que nunca había llegado a su destino.

Su aspecto ya no era el mismo, sus ojos no tenían la misma percepción, su visión era vaga, sus labios temblaban, su corazón había cambiado, tenía miedo, sus rasgos estaban tensos, todo su cuerpo lo estaba, le dolían los músculos de la cara.

Ella estaba allí, como un gato que acecha su presa, registrando con la mirada el fondo del andén, los edificios, los raíles.

Pero ¿dónde estaba él? ¿Estaba ahí? ¿Estaba lejos? ¿Estaba allí? ¿Se había ido? ¿Pero realmente se había ido? ¿Ido sin decir hasta la vista, huido sin decir adiós?

Se había marchado.

Ella no sabía adónde. Ni tan siquiera sabía cómo se llamaba. Qué camino tendría que tomar para encontrarlo. Qué camino para dar con él. Conocer, combatir, comprender, liberarse, aprender a ver, buscar una mirada, encontrarla...

Entonces, sola en el andén, se puso a reír. Era involuntario y loco. Reía de pavor. Y pensaba: ¿Por qué me río así por qué esto me hace reír? Malgasto mi suerte... Y de pronto, hundida hasta llorar, dando un paso más: No quiero perderlo. Debo encontrarlo. Aunque esté lejos, lo veré. Aunque haya partido, lo buscaré. Aunque no quiera verme más, lo veré. Dondequiera que se esconda, lo encontraré. Lo serenaré aunque no tenga miedo. Le diré que es fuerte en sus momentos de duda. No dejaré que la alegría se empañe. No dejaré que la ciudad me lo quite. Le daré deseo. E incluso si huye de mi lado, lo cercaré. Lo acorralaré en todas sus trincheras, lo acogeré y le diré: Bienvenido, tú, bienvenido porque estás en tu casa, en mi casa, en nuestra casa, y ya no hay fronteras entre nosotros. Y estaremos juntos, por qué no. Y estaremos juntos.

Corrió hasta el borde del andén. Tropezó. Vaciló. Del ímpetu casi se cae a la vía. Se desquitó en el último momento. ¿Qué hacer? ¿Partir? ¿No partir? ¿Esperar? Esperar, claro, esperar. ¿Qué más podemos hacer? ¿Hasta cuándo? Hasta el próximo tren. Hasta el final de la vida, el final del olvido, hasta la muerte.

Empezó a caminar lentamente por el andén, recorriéndolo de nuevo por última vez.

Y justo en ese momento volvió sobre sus pasos.

## Capítulo 23

Lo vio en la penumbra.

Bastante alto, con el cabello castaño, los ojos azules, intensos, los pómulos salientes, las mejillas hundidas. Tenía un aire particular. Una camisa blanca de cuello postizo y un pantalón negro revestían su cuerpo musculoso; ropa elegante, pero inapropiada para un mes de agosto.

Se dirigió hacia él, lentamente, luego más deprisa, cada vez más deprisa, después de nuevo frenó el paso mientras él avanzaba hacia ella.

Ella se detuvo, tenía tiempo. Dejó su maleta en el suelo. Él se dio prisa por ella. Se puso a correr. Se paró frente a ella.

Hubo una sonrisa común, una sonrisa de connivencia, de experiencia compartida y de alivio, después un silencio. Hubo miradas para ver quién hablaría primero, sólo se entendían a medias, hubo pasos hacia delante, luego hacia atrás, intermitencias. Ella se acercó, él retrocedió, ella se alejó, él avanzó, dos pasos de uno, que formaban un paso de dos.

Él la miraba como si dudara. Ella lo observaba con los ojos inmensos, seductora en aquel instante en que tenía que retenerlo, seductora en su torpe voluntad de seducirlo.

—Usted se iba —dijo ella.

—No me gustan las despedidas.

—A mí tampoco.

Y de pronto un gran océano se abrió ante él, el océano de la libertad, un mar ebrio. Se puso a reír. Una gran carcajada que le echó la cabeza hacia atrás, una risa de encuentro y alivio, un destello de conquistador que ha ganado su desafío, de hombre victorioso en aquel andén ante su presa.

A ella no le gustaba aquella risa. Era una risa amarga. Nunca se había sentido tan triste como en aquel instante.

En la angustia que había en sus ojos, él pudo ver su profundidad.

Las farolas se encendieron como grandes bolas amarillas, y la ruta continuaba para ambos.

Él estaba cerca de ella, inclinaba un poco la cabeza, ella sentía sus labios en los pliegues de su oreja, él le hablaba en voz baja, con aquella música que los arrastraba a parajes extraños y familiares, aquella aria de ritmos mezclados, aquella aria

nostálgica, suave como un viento cálido, un soplo, un murmullo.

En aquel instante él se sentía feliz como en su sueño.

A través de las palabras de humo de la estación, murmullos pasados bajo el soplo del viento, del uno al otro, mezclados, manos que se rozan, frentes que se tocan, olvidos, fulgores, palabras mudas, ternura, alegría y tristeza, ella se dejó llevar por el baile y todo se volvió más fuerte, más profundo, más sincero y auténtico, por los colores vivos de la música, abigarrados, contrastados por el silencio, en el fondo del cual está la verdad.

## Capítulo 24

En la ciudad susurraban los murmullos de la noche, el espectáculo iba a empezar pronto, las calles enardecidas le tomaban la delantera, los transeúntes se precipitaban hacia las salidas de los metros, en las aceras, mezclados, hacia los grandes edificios, los jardines de infancia y las guarderías, los padres llegaban después del trabajo, la larga jornada que se estira, y los niños los esperaban para que les contaran un cuento.

Los hombres y las mujeres se encontraban en las secciones abarrotadas de los supermercados donde se cruzaban todas las tardes, sin hablarse, miradas discretas, heladas, de la sección de congelados, delante de las cajas.

Las parejas se preparaban para salir, para ir a cenar, beber y comer, en los grandes cafés, los restaurantes, después de las inauguraciones, las primeras funciones y los estrenos, y cerca de ellos los vagabundos esperaban con los ojos perdidos, la boca seca, la mirada para hacer temblar a un muerto, delante de los cajeros automáticos, las cervecerías, los inmuebles, las largas colas de la sopa de la noche. Y delante de las riberas, los barcos de estelas rojas pasaban, las familias se acurrucaban, durmientes a cielo raso, bajo los puentes, en los jardines y los subterráneos, los bebés lloraban en los brazos de las mujeres, los hombres fumaban cigarrillos liados, compartidos, mientras contaban su viaje, y en los cementerios los árboles temblaban por encima de las tumbas inmóviles, cerca del último enterrado, y sobre la tierra el sol desaparecía, dejando sitio a la luna, y la luna se preparaba, aquella noche era la reina.

En el andén corría una brisa, una corriente de aire, y por una gran esquina, un viento de verano, insumiso y fuerte, que se levantaba poco a poco, un servicio de tren terminado, una puerta abierta, dos viajeros entre mil.

En el andén había un hombre y una mujer, con sólo una bolsa, algunos objetos, un libro y bebida, un silencio entrecortado, dos viajeros llegados de una gran cabalgada, una tarde y la noche.

Solos, ahora los dos estaban solos en el andén, los músicos habían abandonado el escenario, la cohorte de hombres y mujeres se había marchado, todos habían vuelto a casa, y ya no había nadie más, y ella estaba allí, delante de él que no retrocedía, y ella no avanzaba, no sonreía, el uno frente al otro, mirarse sin tocarse, sin hablarse, miradas cruzadas, grandes intermitencias, sonrisa de nada... Interpretaciones, ojos sorprendidos por estar allí y felices de estar sorprendidos.

El viento, con un gesto hábil, le había deshecho el moño. El cabello serpenteaba, en largos rizos fluidos, alrededor de su cara, de sus ojos, su boca, sus mejillas pálidas. Un relámpago rasgó la noche, el cuerpo se le estremeció en la humedad de la tormenta. La primera gota de lluvia fue para ella. Le bajó lentamente a lo largo de la mejilla, hasta la comisura de la boca, luego por el cuello.

Entonces se sacó el sombrero del bolsillo del pantalón, lo desplegó y se lo puso en la cabeza para proteger el cabello, la cara, los ojos.

La segunda gota le cayó en la mano, resbalándole por la palma, y cuando la levantó se le hundió en la manga del jersey.

La lluvia los envolvió en un velo brumoso, luego tupido, cada vez más espeso. Era una lluvia de verano, una lluvia violenta de gran tormenta, un temporal de mar.

El vestido mojado se extendía sobre ella como un velo transparente, impúdico en su cuerpo, su ropa interior, la curva de su hombro, su busto, sus caderas, sus piernas desnudas porque se había quitado los zapatos, descubriendo así sus pies mojados.

Él estaba empapado, con el cabello pegado a la cara, las gotas de lluvia se le deslizaban sobre los ojos, la boca, el cuello, la camisa que se le adhería al torso, y le atravesaban el pantalón, refrescándole las piernas.

La lluvia abandonada se aprisionaba en la tierra, detonaba en la noche, magullaba el andén, se daba en una oleada continua, un llanto, una pena sin fin, la lluvia que venía de tan alto y caía tan bajo, sobre los hombres, la lluvia descendía, sin agotarse, pobre perdida, sobre las miradas y los gestos, los murmullos y los silencios, le comunicaba a todos su incertidumbre y aún dibujaba, con trazos en el aire y gotas sobre el andén, algo evanescente y sutil como el hombre sobre la Tierra.

La lluvia derramada, atravesada, fluida, honorada, mil gotas de lluvia como flores de regalo, lluvia que se desgrana como pétalos suaves y sedosos, de olor delicado, lluvia de verano sobre los corazones mojados, como una ducha que los lava, los aclara, los blanquea y los prepara.



## Capítulo 25

El hombre avanzó hacia ellos. Caminaba lentamente. No se daba prisa, tenía de su parte la fuerza de la ley. Los había visto. No lo veían. Se dirigía hacia ellos pausadamente, ineluctablemente.

Iba vestido de azul, blanco y rojo, con un quepis en la cabeza que dejaba ver una cara severa cuyos ojos se movían recorriendo el andén como dos haces luminosos.

Caían chuzos de punta. Llovía sobre el andén. Todavía llovía.

Se inclinó hacia él para tocarlo, estrecharlo con fuerza en sus brazos, pero en el mismo momento en que ella lo hacía, él se separó. Y aunque fuera por última vez, miró sus ojos, oscuros, negro, malva y violeta.

—Sus papeles —dijo el hombre.

Él reconoció a uno de los dos policías que se encontraban con el revisor del tren al final del andén.

Miró a ambos lados para ver si todavía era posible dar media vuelta, encontrar una salida, pero no la había.

Y se vio tal y como era: evidentemente tenía el aspecto de un clandestino, la piel y los ojos oscuros, el aire extenuado, culpable, extraño. Apátrida. No volvería nunca más a su país. No tenía país. Aquí no querían saber nada de él. Nunca querrán saber nada de él. Siempre dirán que es extranjero, diferente.

Quería quedarse en la carretera toda la vida, no ir nunca allí. Ésa era la razón por la que se subió a aquel camión. Sólo quería errar, convertirse en un alma errante. Siempre extranjero, siempre diferente y por la gran carretera del mundo. Un exiliado, porque su alma estaba en el exilio.

El policía avanzó para cerrarle el paso. Puso una mano en el cinturón, sobre la pistola.

Era demasiado tarde. El corazón le golpeaba el pecho. Lo habían atrapado. Ya no había nada que hacer.

Ella lo miró. Tenía miedo de que intentara evadirse. Temblaba aterrorizada por aquel peligro. Sentía cómo le flaqueaban las piernas y el corazón le palpitaba hasta rompersele.

—¿Sus papeles? —repitió el policía dirigiéndose sólo a él.

Con un gesto le indicó que no.

—Entonces, usted no sólo quebranta la ley en el tren, sino que además no tiene

papeles.

El policía lo miró de arriba abajo. El hombre le sostuvo la mirada.

—Estoy obligado a llevarle a comisaría para comprobar su identidad. El coche está afuera. Sígame.

Y cuando la miró, esta vez, ella lo supo. Comprendió que iba a huir enseguida, por miedo y pánico, por coraje, por temeridad, por locura, huir para morir, allí, en el andén. No iría a la policía a esperar a que lo condujesen a la frontera después de haber vivido todo aquello, porque era demasiado duro, prefería perderlo todo. Ella lo había visto en la iglesia. Él estaba dispuesto a llegar hasta el final y a arriesgarse en lo sucesivo.

Cuando se negó, él vio cómo la mano sacaba la pistola. La sangre se le subió a la cabeza. Sintió cómo las venas latían en sus sienes a punto de estallar. Levantó los ojos. No estaba solo. Sentía cómo pesaba en él el poder de su voluntad y la rechazaba, rechazaba aquella mirada de mujer que lo encadenaba más que una cárcel. Los ojos implorantes le atravesaron el corazón deteniendo la mano.

Bruscamente, ella se interpuso entre él y el policía. Su cuerpo hizo de pantalla contra el arma. Con una voz ronca le gritó que escapara.

Estaban allí, en el andén, un hombre y una mujer, sólo con una bolsa, algunos objetos, un libro, dos viajeros llegados de una travesía tan larga y tan corta.

Fue en el andén un mes de verano. Nadie supo lo que pasó aquel día. Nadie pudo explicar por qué estaban juntos, ni de qué se conocían.

El informe se cerró. Así es la memoria que intenta borrar los acontecimientos importantes para someterlos a su reino despiadado.

Nadie se acordó de lo que había sucedido. Se dijo que él intentaba escapar. Nadie supo por qué resonaron los disparos, matándola antes de matarlo a él. El sumario quedó archivado. Y otro tren llegó.

\* \* \*



ELIETTE ABÉCASSIS (Estrasburgo, 27 de enero de 1969) es una escritora, ensayista y cineasta francesa.

Nació en una familia judía sefardí de origen marroquí. Su padre, Armand Abécassis, profesor de filosofía en la Facultad de Burdeos, es uno de los mayores pensadores contemporáneos sobre el tema del judaísmo. Es el autor de la obra *Pensamiento judío*. Crece así, Eliette siendo muy practicante en un ambiente de religión y cultura judías.

En 1993, consigue la licenciatura en filosofía en la Facultad Henni IV de París y en 1996 publica su primera novela *Qunram*. Una novela policiaca metafísica, donde un joven judío ortodoxo investiga sobre unos misteriosos homicidios relacionados con la desaparición de manuscritos del Mar Muerto. Tendrá un éxito inmediato. Se venden más de 100 000 ejemplares y el libro se traducirá en 18 idiomas.

Un año después publica *El oro y la ceniza* y comienza a impartir clases de filosofía en la facultad de Caen.

En 1998 se traslada durante 6 meses al barrio ultra-ortodoxo de Mea Shearim en Jerusalén, para escribir el guión de *Kadosh*, una película israelí de Amós Gital que fue nominada en el Festival de cine de Cannes para el mejor guión. En esta historia se inspiró para su novela *La repudiada* (2000).

En marzo de 2001 recibe el premio de los Escritores Creyentes (concurso creado en Francia en 1979) y en junio de ese año se casa en Jerusalén.